

## ESPAÑA EN LA MIRADA PORTUGUESA: ILUSIÓN, TRAGEDIA Y TERROR

*Manuel Loff*

### La percepción portuguesa del papel de España en su Historia

Empecemos por la verificación de un hecho político prácticamente inevitable: la construcción nacional portuguesa tuvo en España –es decir, en la configuración de la relación con los demás pueblos de la Península– un terreno inevitable de contraposición, a menudo, como ocurre con todos estos procesos, a través de la fabulación, de la duda o del artificio. Sin embargo, no todos los nacionalismos portugueses, tanto los de derechas como los de izquierdas, percibieron a España, a lo español, por igual, y lo mismo ocurrió con las izquierdas portuguesas no nacionalistas.

A menudo, España (proyección del Estado español o pluralidad de entidades nacionales, según los casos) funcionó como componente positivo, imprescindible, en los proyectos políticos de varias corrientes ideológicas portuguesas, reproduciendo curiosamente lo que ocurre con las mismas corrientes ideológicas presentes en el abanico político del vecino español. España, en estos casos, aparecía como potencial instrumento operativo de ayuda al cambio político, más que como verdadera fuente de inspiración ideológica para el campo político y cultural que, en cada coyuntura, buscaba la ruptura del orden político instalado en Portugal. Por ejemplo, muchos en las distintas izquierdas portuguesas (republicanas, socialis-

tas, anarquistas) de mediados de Ochocientos y de los años 1930 (Segunda República española y Guerra Civil española) habrán percibido positivamente las potencialidades emancipadoras de soluciones más o menos federalizantes coordinadas entre los «pueblos de la Península» a través de cuya concreción se superaría, en la segunda mitad del siglo XIX, la decadencia histórica y una monarquía en crisis o, en los años 1930, un autoritarismo profundamente opresivo. Asimismo, aquellos que hoy se designan como socialistas en los dos Estados ibéricos hace bastante que identifican democratización con integración europea, sintomáticamente imaginada en conjunto, es decir, de Portugal y de España.

A la derecha, a su vez, muchos monárquicos defendieron, en el período de 1890-1926 (crisis final del régimen monárquico, Primera República portuguesa), la necesidad de una mano hispánica, visceralmente católica, para reprimir también de este lado de la frontera, como diría António Sardinha, «los particularismos y las disidencias anárquicas de la edad contemporánea» (Sardinha, 1939: 49). En los años 1970, una variopinta coalición antirrevolucionaria –restos del Salazarismo, de la PIDE, la policía política, en particular, de disidentes reaccionarios del Movimento das Forças Armadas (MFA) que organizó el 25 de abril, y de intereses económicos asociados a la dictadura– apostó por el apoyo franquista para inten-

## EXPEDIENTE

tar interrumpir el experimento revolucionario que trajo la democracia a Portugal en 1974-76. En este sentido, estos sectores dependían claramente de la estabilidad del tardofranquismo.

En los años 30, no muchos, sino todos, en las derechas portuguesas «gastaron esfuerzos, perdieron vidas, corrieron riesgos, compartieron sufrimientos», según el mismo Salazar (1943: 148),<sup>1</sup> por el triunfo de esa España imperial que Franco buscó reconstruir después de una victoria plena de sangre y de retórica, conscientes de que, dentro de esa retórica, la concepción historicista de la «unidad de destino en lo universal» (uno de los principios fundacionales de Falange Española) podía equivaler a la «ilusión de Felipe II» que Botelho Moniz, comandante de los Viriatos portugueses que lucharon al lado de Franco en la Guerra Civil, encontraba en los partidarios del «imperialismo nacionalista espanhol» (Moniz, en *Diário de Lisboa*, 2-5-1939).<sup>2</sup>

Por el contrario, y como resulta esperable, nacionalistas y (a veces) no nacionalistas percibieron una evidente amenaza nacionalista española, a la que llamaban el *perigo espanhol*, esta vez de naturaleza ideológica exclusivamente conservadora y antirrevolucionaria. Los republicanos de 1890-1926 y las distintas izquierdas de 1974-76 lo percibieron en la tensión anexionista o intervencionista de determinados períodos del reinado de Alfonso XIII y del último Franquismo: en ambos, el Estado español, como mínimo, dio cobijo a las conspiraciones involucionistas, primero dirigidas contra el proceso de ascenso del republicanismo portugués y de su consolidación como régimen, y después contra el proceso revolucionario y democratizador portugués.

Al definir el período histórico, del que me centraré solamente en uno de ellos, extendiendo el análisis al conjunto de la experiencia republicana española (1931-39), por su capacidad de evidenciar de manera más clara que otras coyunturas históricas la percepción que

las distintas corrientes de la opinión portuguesa desarrollaron y, en gran medida, consolidaron sobre España y las Españas.

### La derecha salazarista ante España: el legado de António Sardinha

Empecemos por analizar la percepción política, e histórica, que tenían de España las derechas portuguesas que configuran el Salazarismo.

Ninguna otra cuestión internacional como la relación con España plantearía problemas de coherencia interior tan fuertes al discurso ideológico del Salazarismo. Generalmente autodefinido como nacionalista, el régimen de Salazar (y los intelectuales que le ayudaban a construir su discurso) no podía hacer menos que articular cada una de sus grandes opciones políticas, y sobre todo de política internacional, con relación a la defensa de la independencia nacional, a la promoción del engrandecimiento nacional, aprovechando para acusar a cada uno de aquellos que definía como sus enemigos de prácticas o de intenciones agresivas hacia la autonomía internacional del Estado portugués.

Se podría esperar, en consecuencia, que hubiese prevalecido en el discurso interior, íntimo, del régimen salazarista el tono nacionalista clásico, de raíz burguesa liberal por cierto, que como todos los nacionalismos de esa generación, reexplicaban desde hacía por lo menos un siglo la construcción y la consolidación de la identidad nacional como un proceso de resistencia a Castilla y al proceso unificador de la Península, incluyendo en ello la especial dinámica expansionista portuguesa. Éste es el mismo nacionalismo que se fijó en una relación forzosamente ambigua con el Imperio Británico, visceralmente detestado por cuanto representaba una amenaza a la integridad colonial y a la dignidad política y económica de Portugal, descrito como el aliado codicioso y algo hipócrita, aunque simultá-

neamente presentándose como el garante de la independencia portuguesa, pero capaz de echar las posesiones portuguesas a algunos de los fuegos resultantes de ambiciones coloniales de terceras potencias.

Una segunda corriente de pensamiento nacionalista, sin embargo, converge en el Salazarismo, y le es, por tanto, obviamente anterior y se revelará ideológicamente más definidora. Se trata del nacionalismo antirrevolucionario, antimoderno, antiliberal, ante todo de raíz monárquica tradicionalista o directamente integralista,<sup>3</sup> evolucionando hacia posiciones fascistizadas, que encuentra en António Sardinha y en sus herederos ideológicos los defensores de la tesis de que «es imprescindible afirmar la unidad de civilización peninsular y su indiscutible bloque ante los particularismos y las disidencias anárquicas de la edad contemporánea», denunciando «la tara más grave del patriotismo portugués, que, disminuyendo y ocultando todo lo que hay de universal en nuestro genio, parece instituir como condición fundamental de nuestra independencia, un odio profundo, un odio ciego, un odio irracional a España» (Sardinha, 1939: 11 y 49).<sup>4</sup> Ésta era la versión del nacionalismo portugués que reivindicaba, junto con la generalidad de los intelectuales reaccionarios españoles, un peso histórico desmedido del mundo hispánico, en el que Portugal estaría incluido, cuestionado y minado, justamente, por los mismos enemigos exteriores a la Península que habían destruido el Imperio cristiano e implantado las bases del mundo moderno.

Sardinha, fervoroso admirador de Maurras junto con Salazar y con toda la intelectualidad salazarista y católica de tintes reaccionarios modernos, aupándole al puesto de «ilustre maestro del pensamiento contrarrevolucionario» (Sardinha, 1943: 91), fue, a su vez, el verdadero *maître à penser*, aunque ausente (había muerto en enero de 1925, a los 36 años), del primer Salazarismo, mas allá de las fronteras más estrechas del integralismo intelectual.

Este joven intelectual de las modernas derechas portuguesas desarrolló el original papel de producir en los años finales del régimen republicano liberal unas tesis verdaderamente polémicas sobre la percepción de España, sobre la relación histórica y, se podría decir, ontológica de Portugal con ésta, el concepto histórico e ideológico de lo hispánico, que bebía de muchos de los escritos de intelectuales de la generación de 70 portuguesa (Oliveira Martins en particular), pero eran claramente innovadoras en el ambiente ideológico de la posguerra, cuando al nacionalismo republicano, vagamente jacobino, que se presumía ideología oficial, se contraponían versiones regeneracionistas, unas más liberales y laicas, otras abiertamente autoritarias, ultraconfesionales y monárquicas de un mismo paradigma nacionalista portugués.

La coyuntura ibérica del período ayuda mucho a explicar la emergencia de este discurso. Exiliado en España entre 1919 y 1921, Sardinha habrá acompañado el ascenso de los militares africanistas y de aquellos que propugnaban una solución autoritaria contra las ideologías disolventes que campeaban en la clase obrera española y en las burguesías nacionalistas catalana y vasca. Desde 1923, desde el lado español, se contraponía una dictadura militar, dirigida por Primo de Rivera, en un modelo de división del poder que tenía similitudes estructurales con la Italia de Mussolini y Víctor Manuel III, a una República, del lado portugués, que se describía como democrática, ya en su fase terminal, acosada por alguna agitación obrera y por el descontento de las fuerzas militares seducidas por intelectuales y propietarios en vías de fascistización. En este contexto, António Sardinha aprovechaba para machacar a esos «patriotas declamando ansiosamente que no tardaríamos en ser reducidos a una simple provincia española», olvidándose de que «si, naturalmente, en nuestra crisis de formación y desenvolvimiento, tuvimos que luchar, y luchar bravamente, con la hegemonía

## EXPEDIENTE

absorbente de Castilla, no es menos cierto también que todo cuanto de humano» —presumiblemente en oposición a la intervención directa del divino— «existe en nuestra historia —descubrimientos, colonización del Nuevo Mundo, defensa de la civilización occidental— no hubiese sido posible, si al lado del brazo lusitano, con la misma idealidad por bandera, no se encontrase el brazo castellano en aquel consorcio admirable de que Camoens [sic], en *Os Lusíadas*, es el eco soberbio e inolvidable». Como diría Sardinha en una conferencia cuyo texto se recoge en el volumen al que vengo haciendo referencia:

«el genio peninsular» o «hispanico» está constituido por dos aspectos, respectivamente encarnados en Castilla y en Portugal. Militante y dominadora, Castilla, y con Castilla el Quijotismo, interpreta el concepto imperialista de la existencia. Pero, simultáneamente, persuasivo y comunal, en su íntima complejidad lírica, Portugal le sirve de expansión, a través, sobre todo, de la religión instintiva de la Esperanza, de que el mito del Encubierto<sup>5</sup> es la revelación máxima. (Sardinha, 1939: 11, 280)<sup>6</sup>

Por el contrario, desde la ruptura de la monarquía dual hispanoportuguesa de los Felipes de Austria, en 1640, «Portugal se recoge sobre sí mismo, abandonándose a los temores de las organizaciones filosóficas y secundarias, y dependiente política y económicamente de Inglaterra, se enfeuda espiritualmente, con una terquedad que degrada, al prestigio intelectual de Francia» abandonando el «ideal portugués, lusitanísimo, de la Fe y del Imperio, a que con urgencia nos debemos reintegrar». (Sardinha, 1939: 58-59)

Era necesario, de hecho, bastante coraje político para, en el Portugal acabado de salir social y económicamente traumatizado de la Gran Guerra, en buena medida «conjurar definitivamente la amenaza española», como lo recuerda Hipólito de la Torre (1980: 101), sostener una versión objetivamente anómala del nacionalismo portugués, crítica de la

«patrioteirice» que veía en España «la garra codiciosa que de cerca nos vigila, dispuesta a lanzarse ávidamente sobre nuestra debilidad». «España no es en absoluto» esa imagen, aseguraba Sardinha en 1919, llamando a que «seamos tranquilos con nuestro nacionalismo». (Sardinha, 1943: 134)

El líder intelectual de esta nueva derecha que el integrismo venía siendo acabó estableciendo una verdadera bisectriz que escindía el nacionalismo portugués, con evidentes consecuencias en el seno de la futura elite salazarista: «Quienes se consideran en Portugal interesados en la doble tradición católica y monárquica del país, son aquellos que más enemiga sienten contra una mayor aproximación hacia España». Su propuesta, compartida con sus congéneres ideológicos españoles, Ramiro de Maeztu ante todo, era la de «abrir la Historia» y buscar «el sentido superior de la unidad», que debería ser encontrado «en el dualismo político incontrovertido y concordante de las dos soberanías en que Portugal y España se expresan para mejor garantía de su *interés común*, del *interés peninsular*, superior a portugueses y españoles y propiedad suya indivisible». En el pasado, en un pasado *glorioso*, «por la espontánea y natural alianza del genio hispanico con el Cristianismo, portugueses y castellanos hicieron siempre enemigos suyos a los tradicionales enemigos de la fe cristiana». «No me canso nunca de repetir», insistía en otro momento, «que el crepúsculo del peninsularismo en el siglo XVII no se distingue, ni del crepúsculo de la cristiandad, ni del comienzo de la anarquía en que se deshace lamentablemente la Europa de hoy».

Residía aquí el nudo central del análisis del papel histórico del *mundo hispanico*, entendido, justamente, como un mundo de españoles (de castellanos antes de cualesquiera otros) y de portugueses. Sardinha no admitía sorpresa alguna ante la verificación, histórica según él, de que «una pequeña minoría [hubiese conseguido] imponer una ley a Europa: la ley del Espíri-

tu, y llevar, además, al otro lado del Océano semillas que florecen ahora magníficamente en el despertar de la maravillosa y juvenil América». Para él, «lo poco que se mantiene de sólido y fecundo en las nacionalidades modernas deriva de la ley servida y dilatada por españoles y portugueses en pleno festín del Renacimiento». Europa estaría por entonces, los años 1920, «a la orilla del abismo, indecisa y casi destrozada», arrastrada por la «victoria» de la «noción *capitalista* o *democrática* [de la sociedad], no pensando sino en dominar lo *relativo* y materializando las más altas y nobles aspiraciones del hombre», triunfadora sobre «la noción *hispánica*, nutriéndose de su amor al Absoluto» (Sardinha, 1939: 45-46, 13, 81, 288-89).<sup>7</sup>

Otra de las rupturas operadas por Sardinha ha sido la de, en contra del *atlantismo* esencial con el que se autodescribían los nacionalistas portugueses antiespañoles, recordar que «[la] labor [de portugueses y castellanos], ya en el campo de batalla, ya en la cubierta de las naos de los descubrimientos, fue inalterablemente una [*sic*] labor de puro «europeísmo». Sardinha afirmaba que «el *interés peninsular* se concreta, sobre todo, en la salvaguarda del tipo superior de civilización, creado y difundido tanto por Castilla como por Portugal», contra, ante todo, «el islamismo» a lo largo de la «Reconquista». Esto significaría que aquí no se trataba solamente del «interés conjunto de Portugal y de Castilla solamente, sino del interés mayor y más sagrado, de orden europeo» (Sardinha, 1939: 16-17, 319).<sup>8</sup>

El líder integrista rompía, en este mismo terreno, otra de las barreras tradicionalmente respetada por el nacionalismo portugués al suscribir la idea de que 30 años antes había defendido el joven Guilherme Moniz Barreto, patrocinado por Eça de Queirós en la *Revista de Portugal*: «contra la eventualidad de que Portugal sea expoliado entre los furiosos egoísmos internacionales, la alianza española es el único expediente viable y una garantía suficiente».

Para todos los defensores de la tesis opuesta, francamente mayoritaria entre la clase política portuguesa de la primera mitad del siglo XX, de la inevitabilidad, aunque incómoda, de la *garantía* británica sobre el patrimonio colonial portugués, la idea de una convergencia política con España con esta finalidad era totalmente inaceptable, y efectivamente, apenas encontrará partidarios en el seno del sistema político salazarista, tan receptivo, en general, a las demás tesis de Sardinha.

Por el contrario, la solidaridad que Sardinha manifiesta al irredentismo español en el Norte de África, en plena guerra del Rif, tendrá más receptividad por parte del mismo Salazar en los años del más descarado belicismo franquista, aunque Sardinha haya llegado al límite de prometer que Portugal, que desde la derrota de Alcázar-Kibir, en 1578, «no volvió a combatir a los moros», se presentaría, «si no combatiéndoles, al menos combatiendo en el Norte de África junto a nuestra hermana España». El dominio español de Marruecos era, según él, «garantía inalienable de la independencia política y económica de España» y, «por reflejo, condición de equilibrio y de desahogo para nuestro Portugal». Por el contrario, «la instalación en el Norte de África de una potencia», como Francia, «ajena a los intereses de la Península representa un peligro serio para España, [y] no lo representa menor para Portugal, que necesariamente se enfeudaría al poder que terminase por enflaquecer y fragmentar al país hermano» (Sardinha, 1939: 324-25, 373, 404).<sup>9</sup>

Si lo miramos bien, un *occidentalismo* (al final *uropeísta*) disfrazado de *universalismo* transpiraba consensualmente en las versiones más variadas y dispersas de los nacionalismos historicistas que se desarrollaron desde Lisboa y Madrid hasta nuestros días, presente si se quiere en el lenguaje simbólico y la retórica presentes, tanto en las exposiciones de *Sevilla 92* como en *Lisboa 98*:

## EXPEDIENTE

Caracterizado el nacionalismo portugués por la fisionomía eminentemente universalista de nuestro genio, sería una sólida campaña, de los mayores beneficios para Portugal, la que se orientase entre nosotros en la dirección del Hispanismo. No sólo se entorpecen los caminos de la supremacía venidera de Portugal, como uno de los ejes del futuro «Imperio de Occidente» («Imperio» en equivalencia de «supernacionalismo»), sino que también prevenimos las consecuencias gravísimas de cualquier calamidad pública, que hubiese de arrastrar con su cola una actitud más pronunciada de España (...).

Sardinha se permitía asegurar que, «como este universalismo, tan portugués como castellano», justamente, «dio ser al nacionalismo hispánico», y eso, lo decía él tan prontamente, «ya lo sabemos». Del mismo modo, «como el supernacionalismo hispánico» —la expresión era elegida, se puede imaginar, para permitir incorporar en ella todos los nacionalismos de los varios Estados hispánicos— «es hoy, entre las nubes de tragedias que se acumulan en el horizonte, el baluarte sólido de la civilización occidental, lo juzgo igualmente demostrado». Para reforzarlo, describía el «imperialismo hispánico» como «el único imperialismo admisible» porque «destinado a mantener en su sagrada inviolabilidad el tipo occidental de las nacionalidades creadas por nosotros», amenazado, insinuaba, por la «lucha inevitable de Asia con Europa» (Sardinha, 1939: 78-80),<sup>10</sup> en la que la primera se identificaba habitualmente con el *bolchevismo asiático*.

En este sentido, llegaba Sardinha a ese *hispanismo*, de naturaleza eminentemente retórica, que acabó inscribiéndose en nuestros días en los textos oficiales de las diplomacias española y portuguesa bajo la fórmula de *iberoamericanismo*. En los años 20, Sardinha veía «la sociedad internacional, pulverizada desde [el siglo XVII], [reaccionar], en nombre de la propia vitalidad histórica, contra las normas que tres siglos de puro individualismo, tanto en las costumbres como en las instituciones, le habían impuesto

destructoramente». Como entonces se decía, y se repetiría durante la siguiente guerra mundial en los laboratorios ideológicos del *Nuevo Orden* ideado por nazis y fascistas,<sup>11</sup> pero también en 1945 en los de las *Naciones Unidas*, «se camina, pues, hacia la agrupación de pueblos o razas de igual formación y directriz; hacia la constitución de bloques determinados por afinidades de civilización, en el que el elemento moral anteceda al elemento político (...)». En ese sentido, «tal es el inmenso valor del *Hispanismo*, que alcanza a las nacionalidades que son nuestras continuadoras gloriosas al otro lado del Océano. El pensamiento político de Felipe [II] renace, despierta, en la tumba en que parecía muerto con él, y, también, las vesanias iluminadas del Sebastianismo o Quinto-Imperio del mito nacional, que se condensa en verdad tangible para un mañana próximo» (Sardinha, 1939: 26-27).<sup>12</sup>

El líder integralista decía «no [ignorar] la insistente improvisación de perfidias que a todas horas se ejercita en torno de mis cada vez más vigorosas y arraigadas campañas hispanistas». Parecía sereno entre los que «partimos de la existencia de la patria portuguesa como un dogma, cual imprescindible complemento en el que se proyecta y amplía», a los que «la inspiración hispanista se revela (...) agitada por las profundidades universalistas de su alma, de su genio». Sin poder abandonar nunca el marco ideológico del nacionalismo en el que el Integralismo, y toda la derecha portuguesa, se movía —el vasto y confuso territorio donde estas fuerzas pensaban poder llegar a movilizar las masas populares que lentamente hacían su entrada en el estadio de la participación política—, Sardinha pugnaba por la *alianza peninsular* como «el medio más seguro de conjurar para siempre el pérfido fantasma de la «unión ibérica»», una vez que aquélla suponía «la vuelta a la antigua idea de «cooperación»», a su vez «condición básica del dualismo hispanolusitano» (Sardinha, 1939: 12, 79-80).

A Sardinha no le quedaba más remedio que denunciar repetidamente «la ceguera lamentable» de los que «se engañan» y, «mirando apenas la lección superficial de las apariencias, confunden «unidad» con «unitarismo». Es «una», sin duda, la «Península», repetía, «pero su 'unidad' se alimenta de su 'diversidad'»; a la unidad «nada mejor la [servía] que el dualismo en el que históricamente la Península se acabó por estabilizar. Dualismo de soberanías —dualismo de Estados» (Sardinha, 1943: 188-89).<sup>13</sup>

En el inicio de los años 20, António Sardinha verificaba, delante de un público español, que «al cabo de tantos siglos de tentativas recíprocas de entendimiento y aproximación, todavía no se ha dado un solo paso de evidente provecho», tanto «por culpa» de españoles, como de portugueses. «La desconfianza entre las dos patrias, la criminal indiferencia en que ambas se alejan la una de la otra, no viene de ayer, ni de antes de ayer», lo sabía Sardinha bien, que lo atribuye a la permanencia de «un *perigo español* para Portugal» y de «un *perigo português* para España». Este último, en concreto, derivaría de las «posibilidades de una guerra en que las costas de Portugal facilitasen un desembarco de las fuerzas enemigas de España», sin que Gran Bretaña fuese referida. En una lógica que el Salazarismo adoptará como suya, se decía que «en esto estriba el por qué, dentro de la propia Península, España no es dueña de sus movimientos y por qué le debe interesar atraer a Portugal, alejando de una vez para siempre el espejismo de una unificación que nunca fué posible, ni nunca lo será. De otro modo», concluía, «desmembrados y divididos, la historia de la Península jamás dejará de ser (...) la estampa ensangrentada de nuestro lento e irremediable suicidio».

De este modo, se presentaba la *aliança peninsular*, el entendimiento luso-español, como programa de recuperación de la *grandeza perdida*, pero también como garantía del carácter *occidental* de las naciones ibéricas, es decir, como programa preventivo antirrevolucionario.

«Nosotros acentuamos la íntima complicidad entre la Revolución en la Península con las varias especies del *iberismo* que durante el siglo que terminó, de vez en cuando, venían a llamar a nuestra puerta», sobretodo por medio de la Masonería, verdadera obsesión de Sardinha (Sardinha, 1939: 209, 217).<sup>14</sup> Antirrevolucionario y antimoderno: «El increpado aislamiento de España y la increpada inadaptable de Portugal a las transformaciones del industrialismo moderno», recordaba Sardinha, había sido un «tema desenvuelto o glosado como prueba de la decadencia irremediable de los pueblos peninsulares», y, sin embargo, deberían ser encaradas como «las más robustas y sólidas garantías del futuro en la posible transfiguración del Occidente. Las simientes [sic] milagrosas del espíritu las conservamos nosotros como nadie». Sardinha llamaba a las «gentes de poca fe» a que «¡[aprendan] que no estamos decadentes, sino tan sólo extraviados!» (1939: 38, 381). «Sentado con amistad a la lumbre amiga de Castilla», en su exilio de 1919, su proyecto era el de la «restauración de la ciudad católica y monárquica de la Península, para que católico y monárquico, Portugal en plena armonía con la católica y monárquica España» (1943: 139-40).

En síntesis, el *hispanismo* de Sardinha es claramente el reflejo portugués de esos «proyectos peninsulares-americanistas asentados en el concepto de «civilización cristiana» o el espíritu católico de la nueva «cruzada espiritual» contra el «liberalismo» y el «materialismo»» (Torre, 1980: 124) que campeaban por las derechas españolas ya en las vísperas de, y durante, la dictadura de Primo de Rivera, precisamente cuando el exilio de Sardinha en España le permite hacer «un cuidadoso examen de conciencia» y superar «todos los prejuicios de mi inteligencia y de mi sensibilidad que tenía contra España» (Sardinha, 1943: 3). La «cosmovisión antiliberal» del *hispanismo* de Sardinha, «tentativa de renacimiento de un occidentalismo cristiano (o, mas exacta-

## EXPEDIENTE

mente, católico)» de la que hablaba hace años Cecilia Barreira (1982), el «neo-iberismo que restituyese a Portugal su misión cristiana y civilizadora» que el joven sardinhista João Ameal (1932: 19) atribuía a su maestro a los pocos años de la muerte de éste, convergían directamente en los sucedáneos de la postguerra del *regeneracionismo* español de inicios de siglo y creó el marco general dentro del que se moverían los autoritarismos ibéricos en vías de fascistización.<sup>15</sup> «Las «derechas» de los dos países», escribía un periódico español en 1920 en referencia a Sardinha, «que lo sean verdaderamente por afinidad y por doctrina, no tardarán en encontrarse en una gran fiesta común» (transcrito en Sardinha, 1943: 285).<sup>16</sup> Sardinha sería una referencia permanente de las derechas nacionalistas españolas, poco tiempo después convertidas en estructura sociológica e ideológica del Franquismo, conscientes de poderle considerar como bandera común a todas las familias políticas salazaristas que hubiesen abdicado del republicanismo como componente ideológico. El marqués de Quintanar, por ejemplo, autor del prefacio de la edición española de 1939 de *Aliança Peninsular*, describía certeramente al representante Pedro Theotónio Pereira, emisario y luego embajador de Salazar cerca de Franco durante y después de la Guerra Civil, como «discípulo de António Sardinha», y con él se entretenía en discutir sobre el libro (cfr. Sardinha, 1939: XLII).

El intrínseco historicismo que revestían estas tesis *hispanistas* forzaba, evidentemente, a la discusión más o menos teórica de coyunturas significativas de la Historia ibérica. Y aquí las divergencias, hasta entre los intelectuales salazaristas, era inevitable. Un ejemplo nos bastará: si para Sardinha «Felipe II subió al trono de Alfonso Enríquez<sup>17</sup> como sucesor legítimo de la dinastía fundada en Aljubarrota» y «el gobierno de los Felipes no representó nunca para Portugal una anexión», aunque «no pasaba de un artificio, de una composición política sin consistencia ni raíces», hasta «vista

desde el prisma castellano» (1939: 309), para Alfredo Pimenta<sup>18</sup> «las tradiciones de un pueblo crean «una especie de entidad moral, continua a través de los tiempos»», una verdadera «personalidad permanente» prácticamente interpretada como un *Volksgeist*, y ésta se basaba en el «anticastellanismo», verdadero elemento caracterizador de «personalidad portuguesa»: «El error de los portugueses en 1580 habría sido, precisamente, el de no entender ese hecho. Pues entre Portugal y Castilla hubo desde siempre un «abismo insuperable», abierto por los reyes de Portugal «y sería necesario mantenerlo para siempre». En ese sentido, «los sesenta años [1580-1640] de dominio castellano son considerados de ruina económica, financiera, colonial, de «sudario», «esclavitud» y «catástrofe» (expresiones de Pimenta, cits. en Matos, 1990: 96).

Dentro de las lecturas históricas del salazarismo intelectual cabían, por tanto, las tesis hispanistas de un Sardinha y la versión tradicional del historicismo nacionalista antiespañol de un Pimenta, para quien «España grita a cada paso, y bajo todos los regímenes, que es muy amiga de Portugal», convencido de que «la mejor prueba de su sinceridad en tales manifestaciones sería que nos restituyese lo que es nuestro: Olivença» (Pimenta, 1935: 462). Desde una perspectiva muy distinta, Sardinha describía en 1922 ese «matrimonio de Portugal con Castilla» como el «nacimiento de la Edad Moderna», gracias al cual le parecía posible que «¡la civilización se salve aún del enigmático destino en el que parece desecha!» (1943: 128):

Realizábamos entonces, españoles y portugueses, un sistema de gobierno, del que sólo encuentra un ejemplo aproximado en la reciente monarquía dualista de los Habsburgos entre Austria y Hungría. ¡Me rebelo, en nombre de la verdad y de la historia, contra el falso patriotismo que considera como pérdida de la autonomía la pérdida de nuestro rey natural! (...) No éramos asimilables [e] influíamos poderosamente en el genio de nuestro pueblo hermano (1943: 258).



Fuera de la corporación de los historiadores, o de aquellos que creían serlo, era forzosamente revelador que un militar ultranacionalista como Jorge Botelho Moniz –uno de los principales protagonistas de la organización de la intervención militar y logística salazarista en la Guerra de España– recordase a los portugueses que se preguntaban «¿el imperialismo nacionalista español amenaza la independencia portuguesa?», en abril de 1939, que «la gran verdad histórica es que nuestro país *nunca* *perdió su independencia*», habiendo «[vivido] en pie de igualdad con Castilla durante los reinados de los Felipes, conservado sus fueros, fue siempre administrado por portugueses y defendido por ellos en la metrópoli y ultramar». En este sentido, «la jornada heroica del 1 de diciembre de 1640 y los decenios de guerra que siguieron no representan propiamente la «restauración» sino la «defensa» de la independencia, atacada pero aún no perdida» (Moniz, en *Diário de Lisboa*, 30-4-1939).<sup>19</sup>

Menos controvertido era el caso de la derrota militar del proyecto de unificación de las coronas de Castilla y de Portugal, en 1383-85. Derrotados en Aljubarrota y en Valverde (agosto y octubre de 1385), los castellanos «agonizaban» en la descripción de Pimenta (1935: 110). Para João Ameal,<sup>20</sup> asimismo, «el desbarajuste de los castellanos es completo. Su Rey, espoleado por el pánico, embarca, huye Tajo abajo (...). Se iluminan los horizontes. Las amenazas se deshicieron. Se consolidó, de manera irrecusable, la independencia de Portugal», pero el tono es sustancialmente diferente. Ameal ha sido de los que contribuyeron a plantear históricamente en paralelo, como lo había hecho ya Sardinha, el *perigo português* y el *perigo español*, reconociendo, por ejemplo, que en la «jornada indecisa, equívoca» de Toro, en 1476,<sup>21</sup> «nuestro monarca se encuentra rechazado por la tenacidad de Isabel [de Castilla], [y] por la fidelidad de los castellanos a la idea de la independencia», algo que, en el marco conceptual general que

antepone delante de cualquier consideración el *dualismo peninsular*, también a la manera de Sardinha, significa admitir la ilegitimidad de la «tentación [portuguesa] de la Corona de Castilla» (Ameal, 1946: 81 y 87).

El discurso historiográfico salazarista mantendría siempre esta ambigüedad esencial de un nacionalismo forzosamente antiespañol, al subrayar lo que describía ser el permanente instinto independentista portugués, y un *supernacionalismo hispánico*, en la expresión de Sardinha, necesariamente antirrenacentista, antimoderno, anglófono, francófono y neerlandófono, favoreciendo la recuperación del concepto de una España históricamente tan víctima como Portugal de los errores de la modernidad. Este segundo tipo de nacionalismo legitimaba, por tanto, la política oficial seguida por el régimen salazarista relativa a la España franquista desde el verano de 1936, y que encontraría en el llamado *Bloque Ibérico* (*Peninsular*, en la versión portuguesa) creado (con alguna dosis de retórica...) con la visita del ministro español de Exteriores, el general Gómez de Jordana, a Lisboa, en diciembre de 1942, su consagración definitiva en el terreno de la propaganda y del discurso público.

### Elegir entre una España balcanizada y una España imperial

Cuando la República democrática se instaura en España, en 1931, el proyecto político salazarista no ha cuajado todavía en el seno de las derechas que derribaron en 1926 a la República portuguesa. En el proceso de búsqueda de terrenos de consenso político entre las familias políticas que se reconocen dentro de la coalición que busca construir un nuevo orden político, los años de 1931 a 1936 permiten generalizar en el interior de las elites que componen y sostienen al régimen un discurso común relativo a la necesaria prevención antiespañola, propiciando una estrategia esencial para la consolidación de una fórmula

## EXPEDIENTE

ideológica imprescindible para la supervivencia de este nuevo orden político: hacer coincidir las dos pulsiones esenciales del nacionalismo portugués reaccionario: autoritarismo anti-revolucionario, de tipo fascistizado, con un antiespañolismo de tipo antidemocrático y *antifederalista*, por llamarle de alguna manera. Durante la Segunda República Española, las derechas portuguesas olfatean obsesivamente en los vientos que llegan de España lo que creen ser un federalismo *iberista*, al que convenientemente tiñen de terminología *soviética*, que saben resulta atractivo para lo que queda de las tradiciones libertarias del movimiento obrero portugués y para alguna parte de ese mundo republicano radical que intentaba restaurar por vía armada el orden liberal en los fallidos intentos a los que el discurso de la época llamó el *revirvalho*.

No es pura coincidencia que el ciclo cronológico de la amenaza *revirhalista*, inaugurada con la rebelión de Oporto del 3 de febrero de 1927, a la que se suma Lisboa, concluya en la primavera y verano de 1931 con las intentonas armadas de Madeira, Guinea y Lisboa, y se cierre con el triunfo de un orden republicano democrático en España: entre otros factores, porque la dictadura portuguesa, valorando correctamente la amenaza política representada por la contraposición frontal entre su naturaleza política y la del nuevo régimen español, actuó sin contemplaciones en la represión de todo conato subversivo que pudiese articular el movimiento popular y algún segmento de unas fuerzas armadas cuya depuración empezaría en esta fase.

Se volvía así, aunque temporalmente, a un estadio agudo del «síndrome del ‘peligro español’» que se había apoderado de la clase dirigente republicana portuguesa y harían suyo las elites política que le suceden en el poder en ese «nuevo ciclo en las relaciones peninsulares [que se abre en 1910 y] que llega hasta el final de la segunda guerra mundial» (Torre, 1988: 42-43). La victoria del Frente Popular

en las elecciones de 1936 y el avance de las reivindicaciones populares que se verificó a lo largo del semestre que le siguió, produjo en el interior de la elite salazarista un fenómeno ideológico, si no típicamente fascista, por lo menos muy frecuente en esta *Era del Fascismo*, además de constituir un estadio obligado en la evolución de los nacionalismos en vías de fascistización: el de superación del criterio nacionalista esencial por un criterio de solidaridad antirrevolucionaria, anticomunista y antiliberal que marcaría, si no hasta el final del *Estado Novo*, por lo menos hasta algunos años después del final de la guerra mundial, la concepción que desde la cumbre del régimen portugués se tenía de la realidad política española y de las relaciones luso españolas que de ahí resultaron. El *Nuevo Orden* europeo, tal y como lo concebían y lo iban creando los liderazgos fascistas y sus aliados, de Oeste a Este del continente, estaría, como bien sabemos, sumamente lleno de fenómenos similares, ocurridos, hasta donde les ha sido posible, con nacionalistas franceses, belgas, holandeses, escandinavos, bálticos, ucranianos, italianos y croatas delante de la hegemonía alemana, o rumanos delante de húngaros, todos ellos sujetos, de una manera u otra, a la *colaboración* como única lógica propiciadora de una *unidad* europea *antibolchevista* o *antiplutocrática*. Integrar en el estudio de estos fenómenos el análisis de la compleja relación políticoideológica de los nacionalismos salazarista y franquista resulta siempre una operación particularmente reveladora.

Recordemos la perspectiva con la que, desde dentro del aparato de poder portugués, se interpretaba a España y a su nueva, o por lo menos cambiante, identidad nacional en este quinquenio republicano. Y verificaremos cómo los mismos y destacadísimos personajes que asumirán desde 1936 un discurso historicista sobre España, beben su esencia fundamental en António Sardinha, se pierden en este período anterior a la Guerra de España en una lógi-

ca nacionalista tradicionalmente antiespañola, centrada sobre las consecuencias positivas de lo que llaman la *balcanización* de España. La lógica inversa a aquella que Sardinha había producido cuando tenía por referencia la España de Alfonso XIII y de Primo de Rivera.

Veamos. Siguiendo un razonamiento típicamente nacionalista, los salazaristas no dejaron de plantearse el problema de la *fragmentación* —es éste el término al que se recurre permanentemente en ese período— de España a partir de 1931, y de sus efectos en la relación con Portugal y en la configuración futura de la Península. Y tampoco dejaron de acogerla con agrado, al contrario de lo que la versión que, *a posteriori*, el régimen salazarista divulgará, con demostrado éxito historiográfico. Después de la proclamación de la República española, pero antes de la eclosión del conflicto armado, eran tan significativas las voces que, en el interior del sistema diplomático portugués, se pronunciaban en favor de lo que les parecía ser la fragmentación del Estado español que su opinión era necesariamente una concepción compartida por el conjunto de las elites políticas del Salazarismo.

La abierta hostilidad que los salazaristas mantienen hacia la nueva República democrática española contaminará de manera muy significativa los marcos generales de la interpretación que de la pluralidad española pasaba a producirse desde el bando portugués. De hecho, en el ámbito del Título I de la Constitución de la República española de 1931 se aprobaron los Estatutos de Autonomía catalán (plebiscito de agosto de 1931 y votación parlamentaria de septiembre de 1932) y vasco (plebiscito de noviembre de 1933 y votación parlamentaria de octubre de 1936), que permitieron la constitución de gobiernos regionales en Cataluña y en el País Vasco (sin Navarra), el segundo de los cuales, sin embargo, ya durante la guerra, pero todavía bajo la legalidad republicana. Un tercer Estatuto, el gallego, llegó a ser aprobado en plebiscito poco antes de la guerra (junio

de 1936), pero no solamente no llegó a pasar por el trámite de aprobación por las Cortes, sino que nunca llegó a entrar en vigor porque Galicia resultó ocupada justo en los primeros días del alzamiento militar.

Para el embajador portugués en Madrid, Melo Barreto, en 1932 tomaba forma una «concepción del Estado español opuesta a la unidad tradicional» que «disminuirá a España», y que, por tanto, «no debería ser contrariada» por parte portuguesa, «sino, por el contrario, ser auxiliada, si fuese posible». Para Vasco de Quevedo, representante portugués en Berna, desde donde se trasladará durante la Guerra de España a la Roma de Mussolini, «Portugal debe nacer con la mutilación de España» (cits. en Torre, 1989: 44),<sup>22</sup> porque de eso se trataba en la visión de nacionalistas unitaristas como eran los dirigentes salazaristas.

La fase en la que el *Estado Novo* portugués se concentra por primera vez, en 1935-37, en la concepción y definición de una política militar a largo plazo, aquella que la generalidad de los autores admite ser la más estructurante reforma militar del régimen de Salazar,<sup>23</sup> coincide con la coyuntura de agravamiento de la conflictividad política en la República española que desembocará en la Guerra Civil. Si es cierto que la obsesión permanente del nuevo régimen portugués se centraba en el potencial subversivo que representaban las izquierdas españolas, una parte minoritaria de las cuales eran abstractamente federalistas en cuanto a la solución del problema multinacional del Estado español,<sup>24</sup> entre los medios militares, habituados a considerar a España como el «enemigo tradicional» de la independencia portuguesa, y mientras no se desencadena la Guerra Civil, cundía la convicción de que «la falta de unidad completa por parte de España» funcionaba como factor «favorable» a Portugal en un eventual choque militar. La descripción que el joven colaborador de Salazar, el capitán Santos Costa, hacía de la pluralidad nacional española en un documento

## EXPEDIENTE

de octubre de 1935 era la de que «la acción [del Estado] vecino» no habría conseguido «destruir realidades geográficas como Cataluña, las Vascongadas y Galicia» (C.L.N.R.F., 1988: doc. 13).<sup>25</sup>

Ésta es, básicamente, la tesis presentada por el mismo Salazar meses más tarde cuando, en «sucesivos Consejos de Ministros efectuados en S. Bento entre el 10 y el 15 de febrero [de 1936]», se busca definir una «nueva política militar y la ejecución del programa de rearmamento». Franco Nogueira hizo un amplia referencia a una «minuta elaborada por Salazar» que el biógrafo del dictador pretende haber seguido «rigurosamente», pero que no se encuentra disponible en ningún archivo oficial, de cuyo análisis se deduce que el Gobierno portugués, en plena campaña electoral que conducirá a la victoria del *Frente Popular* en España, estaba convencido de que la «disolución» o la «desagregación española», fruto de sus «divisiones internas (Galicia, Vascongadas, Cataluña)», volvería «improbable [cualquier] ataque» de España a Portugal (*cfr.* Nogueira, 1977: 353-59).

Casi tres décadas más tarde, Santos Costa regresaría a la cuestión cuando le es ofrecida la oportunidad de presentar los documentos diplomáticos portugueses que pondrían «en evidencia las razones profundas de la posición portuguesa de cara a los dramáticos acontecimientos que ensangrentaron la tierra de España» durante su «guerra de liberación», expresión con la que tanto salazaristas como franquistas calificarían, en las décadas siguientes a 1939, el conflicto español. En 1964, Santos Costa admitía que uno se preguntara «si la mejor defensa de los intereses portugueses frente a la guerra de España sería una política que condujese a la balcanización de la Península y al desmembramiento del potencial político, económico y militar español», proporcionados por la «inesperada prolongación de la guerra» que había permitido «la aparición de sentimientos de autonomía e independencia

que el polvo de los siglos había sofocado», entre otros, en los «casos de Navarra y de Cataluña, donde gobiernos autónomos llegaron a ser constituidos»,<sup>26</sup> olvidándose convenientemente de que, un año antes de desencadenada la guerra, él mismo había subrayado el vigor de esos «sentimientos». «¿Una política de apoyo a esas independencias sería realmente aconsejable?», se cuestionaba, retórico, para luego considerar «poco cautos» a los «espíritus» que juzgaron que «la fragmentación del poder español conduciría a una proyección más fuerte de Lisboa en el tablero de la política mundial», tesis, sin embargo, absolutamente coherente con el prisma nacionalista tras el que se posicionaban los salazaristas. «No lo juzgó así el Gobierno de Lisboa», para quien la «atomización política de la antigua Iberia» constituiría «un foco de constantes perturbaciones» y «una puerta abierta a la invasión comunista», optando por «luchar en todos los campos por la victoria de la verdadera España, redimida y reintegrada en sus ancestrales tradiciones cristianas, una y capaz de resistir a todos los embates a los que ciertamente irá a ser sometida» (M.N.E., 1964: VII, XIII-XIV, XVII).<sup>27</sup>

Ésta sería la tesis que el régimen salazarista impondría, en primer lugar, dentro de sus filas, y la que divulgaría hacia la generalidad de los soportes en los que circulaba la opinión autorizada. Tan pronto como la Guerra Civil empezó. Cuando ésta termina, el emblemático capitán Jorge Botelho Moniz<sup>28</sup> sería el encargado de, a cubierto del pseudónimo de X.Y.Z. con que firmaba sus crónicas en Salamanca,<sup>29</sup> exponer retóricamente las dos perspectivas que, desde dentro del sistema de poder salazarista, se habían suscrito a propósito de la crisis del centralismo estatal español y de su impacto en la independencia política portuguesa. El razonamiento seguido por los partidarios, no específicamente identificados, de las tesis tradicionalmente antiespañolas del nacionalismo portugués, que Botelho Moniz clasifi-

caba como «pseudo-maquiavélico», partía del mismo supuesto de Santos Costa y Salazar en 1935-36:

España, gobernada por una República caótica, marcha a paso de gigante hacia el debilitamiento. A pesar de su Historia gloriosa y de su existencia centenaria, no consiguió, hasta hoy, realizar la unificación. Dividida por particularismos raciales, minada por odios políticos, es un vecino que no nos asusta. Nos conviene, además, que la guerra dure y la debilite aún más. Nos conviene que termine, no por la victoria nítida de uno de los partidos, sino por un *compromiso* que la deje en situación política idéntica a la anterior y en situación general de debilidad mayor...

Moniz reconocía que, «a primera vista», dicha tesis «puede parecer muy exacta y muy patriótica», omitiendo, obviamente, que ella había sido la que circulaba en los medios oficiales salazaristas hasta hacía muy poco tiempo, es decir, hasta el desencadenamiento del mismo Alzamiento franquista. Y expone las consecuencias de tres posibles soluciones para la guerra:

Si permanece todo como antes, el separatismo se conservará tendiendo a progresar hacia Galicia, donde ya se oyen los primeros síntomas. España se transformará en una República federativa, dentro de la cual se condensarán las tendencias de incluir Portugal.

«Una vez conocidos los contactos entre los emigrados [políticos] portugueses y los republicanos españoles», Moniz insinuaba que aquéllos «venderían la independencia *completa* por el plato de lentejas del auxilio para la reconquista del poder». En todo caso, «la lucha en España es a vida o muerte. No hay acuerdos posibles», éstos serían necesarios para que «todo siga igual» y, por lo tanto, habría que excluir esta hipótesis:

Si ganan los rojos, triunfa el imperialismo ruso. La España federada o unificada por la mano férrea de los comunistas realizará su amenaza de guerra a Portugal. (...) Ese peligro es tanto más grave

como cierto es que el comunismo encontraría dentro de Portugal el apoyo de las izquierdas. Los hombres que obedecen las órdenes de Moscú, los sin patria, los enemigos de la actual situación política anunciarían ese ataque como una marcha, no de conquista, sino de liberación. Serían miles de espías y de agentes extranjeros dentro de nuestro propio territorio, colaborando consciente o inconscientemente con el agresor.

En otros términos, el régimen portugués sabía que «la victoria de los rojos» en España, «además de representar el peligro *inmediato* y *seguro*, representará también la división de Portugal en dos partidos».

Un peligro «inmediato e seguro» representarían, por tanto, los *rojos* españoles. Por oposición, «la victoria de los sublevados», es decir, de los franquistas, «no representa peligros semejantes». Había que admitir que algún peligro quedaría por esta parte, seguramente porque la mayoría de la opinión pública portuguesa lo presentiría, pero había también que subrayar que éste era claramente inferior: «Incluso en la hipótesis absurda de que la ceguera imperialista perturbara los ánimos de los vencedores» franquistas, Botelho Moniz admitiría, en un artículo que se publicaría un mes después del triunfo final del *Caudillo*, que:

Los primeros tiempos después de la paz serán de ternura mutua, porque nosotros estamos ayudando a la victoria. (...) Nuestra actitud de franco apoyo, semejante en doctrinas políticas, las amistades cultivadas durante la lucha y, encima de todo, el sentido tradicional del auxilio mutuo que nunca falló entre las dos naciones de la Península y siempre las unió frente al peligro común, constituirán un escudo moral que juzgamos impenetrable.

Y he aquí formulado el argumento central de todo el discurso que el mismo Salazar impondría en el interior de su régimen, puesto sobre la mesa justamente para contrariar abiertamente quienes no creían en la buena fe de los nuevos gobernantes nacionalistas de Madrid. O, como escribía Moniz, «para definir responsabilidades y fijar doctrina»:

## EXPEDIENTE

La gratitud [española] puede desaparecer rápidamente, proseguía Moniz, los gobernantes pueden cambiar, pero no antes de estar preparados, porque los nacionalistas sólo conseguirán la victoria a costa de una lucha demorada. Además, contra el imperialismo nacionalista –¡nada menos!– nosotros conseguimos la perfecta unidad de los portugueses, además de que «tendríamos el apoyo cierto de Inglaterra. En síntesis, los salazaristas fijaban entonces una alternativa, que aun hoy aparece reflejada en el discurso *antiespañol* más conservador: se trataba de elegir entre dos Españas y dos *peligros españoles*: entre un peligro *cierto e inmediato*, el del que describían como federalismo *sovietizante* republicano, que nos encuentra mal preparados y divididos, y un peligro *improbable y lejano*, el de la hipótesis absurda de la ceguera imperialista de los franquistas, contra lo cual conseguiríamos la unidad patria, el plazo necesario para nuestra preparación militar y el auxilio de nuestra aliada, Gran Bretaña; entre uno y otro peligro, escogemos este último y ¡que sea lo que Dios quiera! (Botelho Moniz, en *Diário de Lisboa*, 2-5-1939).<sup>30</sup>

El complejo ciclo político que la Guerra de España abrió, en el que la parte de España que triunfa en 1939 apuesta por el triunfo internacional del bloque fascista en su intento de construir un nuevo orden internacional, y que no se cerrará antes de que la derrota nazi se demuestre irreversible, provocó los peores temores en el seno de las derechas nacionalistas portuguesas. Al final, después de interpretar las pulsiones federalistas o separatistas que habían sacudido a la República Española como diluyendo cualquier peligro para la independencia portuguesa, un evidente criterio ideológico antidemocrático había reemplazado semejante lectura por toda una propaganda de denuncia de una pretendida amenaza iberista de corte federal y, para más señas, *sovietizante* que, según el régimen instalado en Lisboa, seduciría a grupos de la oposición portuguesa exiliada en España y sectores del poder republicano español. El problema en el momento en el que la adhesión franquista al Pacto Antikomintern parecía empezar a ser rentable

al régimen español –es decir, los años de los triunfos imparables del Eje nazifascista, 1940-42–, era el de que Salazar (y los portugueses en general...) tuviese que pagar un precio muy alto –el de la invasión del territorio portugués por parte, entre otras, de las mismas tropas a las que tanto se había apoyado durante la Guerra Civil– por haber seguido una opción abiertamente ideológica, difícilmente compatible con el núcleo del discurso nacionalista portugués tradicional.

El sistema de poder salazarista vivirá permanentemente hasta 1942-43 bajo esta tensión, y no han sido pocas las contradicciones que han contrapuesto las decisiones e interpretaciones del dictador portugués y la visión de algunos de sus correligionarios, por lo menos de aquellos pocos, como Armindo Monteiro,<sup>31</sup> que se atrevía a desafiar la interpretación fundamentalmente sardinhista que Salazar había adoptado de la España de Franco. La lectura de la evolución del discurso político franquista será, desde 1936, justamente motivo de frecuentes discrepancias de aquél con Salazar, llevando no sólo al cese de Monteiro como ministro, al final de ese año, sino también, en 1940, a una petición de dimisión de Monteiro para ser relevado en la Embajada en Londres, finalmente consumada por orden de Salazar en el verano de 1943. En julio de 1938, Monteiro era suficientemente claro para manifestar al *Chefe* su «poca fe en la inserción de la nueva España respecto a nosotros. Si la memoria de los hombres es corta, la de los pueblos dura apenas un instante. En España pocos recuerdan hoy lo que por la causa nacionalista arriesgó Portugal en los inciertos días del comienzo de la guerra» (M.N.E., 1967: doc. n.º 1682).<sup>32</sup>

Una vez declarada la guerra mundial, Salazar, y la generalidad del régimen, supuso que Franco no pretendía participar en ella, y que resistía a las que parecían evidentes presiones alemanas. Monteiro es el único de los destacados dirigentes salazaristas (salvo algunos diplomáticos de carrera que compartían su opinión

pero que no tenían idéntico peso político) que alimenta la sospecha sobre las verdaderas intenciones de Franco. Al analizar la actitud internacional del Gobierno de Madrid, al discutir la sinceridad de su estatuto de neutralidad o al interpretar su paso a la no beligerancia en el verano de 1940, Monteiro advirtió siempre que la cuestión no era solamente la estabilidad de la península –de qué modo la beligerancia podría atraer la guerra hacia territorio portugués–, sino también los designios anexionistas de Franco. Asimismo, la perspectiva de Monteiro en el seno del sistema salazarista parece haber sido la única, o una de las pocas, que se podrá inscribir sin reticencias en una línea de continuidad con las pautas generales del nacionalismo portugués de final del siglo XIX y del primer cuarto del XX.

Salazar, por el contrario, se aferró tozudamente a la única interpretación de la política franquista que le garantizaba la coherencia global de sus opciones desde 1936: la de que no se equivocó en su apuesta por contribuir a la constitución de un régimen nacionalista y autoritario en España que eliminara el *peligro comunista* y, de paso, el representado por los que él consideraba los *iberistas federalistas* españoles.<sup>33</sup> El dictador portugués, que no conocerá a Franco hasta febrero de 1942, parecía haber creído que, con su ayuda, el régimen portugués habría asegurado un nivel suficiente de gratitud por parte franquista que callase definitivamente la pulsión integracionista del nacionalismo conservador español. Cualquier otra cosa sería demasiado cruel para alguien que, en mayo de 1939, mes y medio después del triunfo final franquista, había prestado homenaje a los «miles de portugueses» que «abandonaron su vida, intereses y comodidades [y] fueron a combatir por España, murieron por España», en referencia a los llamados *Viriatos*, probablemente unos ocho mil que habían sido reclutados directa o indirectamente por instancias oficiales salazaristas,<sup>34</sup> que el dictador con descaro decía que

habían «eludido de mil maneras la vigilancia de las autoridades», cumpliendo, sin embargo, «la razón y el profundo sentimiento del pueblo [portugués]». El sumo sacerdote político del *Estado Novo*, ese cultivador de la palabra, concluía: «Me enorgullezco de que hayan muerto bien todos ellos –vivos y muertos– que hayan escrito por su valentía otra página, heroica de nuestra historia y de la ajena». ¿Qué historia? Salazar lo aclaraba: «Muchas veces, en ocho siglos de vida, Portugal luchó contra España o contra los estados españoles para mantener o consolidar su independencia; muchas veces también luchó a su lado contra terceros». Habría sido éste el caso entre 1936 y 1939: «Gastamos esfuerzos, perdimos vidas, corrimos riesgos, compartimos sufrimientos; (...) Vencimos, eso es todo» (M.N.E., 1967: doc. n.º 2050).<sup>35</sup> Y no era decir poco...

Jamás el Salazarismo dejó de tocar esta tecla. Cuando en 1964, en el 25.º aniversario de la victoria de Franco, celebrado en la España que sufría la dictadura como los «25 Años de Paz», el entonces ya exministro de Defensa Nacional, Santos Costa, explicaba que «la actitud portuguesa», entendiendo por ésta naturalmente la salazarista, «[sería] tan decisiva para el desenlace final de la contienda», busca ser bastante claro al defender la reiterada tesis que, de hecho, «tanto por el aspecto profundamente ideológico y anti-cristiano del conflicto, como por la naturaleza geoestratégica de los intereses puestos en juego, no sería lícito a cualquier Gobierno que en Lisboa tuviese bajo su responsabilidad la seguridad de las grandes posiciones nacionales (...) ignorar la pelea a su lado acaecida ni desprenderse de las fluctuaciones y del resultado final de la lucha» (Costa, 1964: viii-ix). «La firmeza con que a lo largo de toda la guerra civil, sin un desfallecimiento, sin un desvío, sin despreciar riesgos calculados, Portugal se supo batir en todos los campos por la victoria de la verdadera España, de la España redimida y reintegrada en sus ancestrales tradiciones cristianas, por una España una y

## EXPEDIENTE

capaz de resistir a todos los embates a los que ciertamente iría a ser sometida, representa, puede afirmarse sin jactancia, una de las más brillantes páginas de la historia diplomática portuguesa a través de los tiempos» (Costa, 1964: xvii). Una página que merecía que ese personaje que había sido un pilar esencial de la estabilidad político-militar del régimen salazarista dirigiese la publicación de tres volúmenes dedicados a aquélla, que era designada por los salazaristas como la «guerra de liberación de España» (título de la «II Parte» de la obra) en el conjunto de aquellos que se dedicarían a los *Diez años de Política Externa*.<sup>36</sup>

Volvamos a Salazar. En términos generales, históricos y antropológicos, ¿cómo describe el dictador-catedrático a España? En octubre de 1936, cuando rompe relaciones diplomáticas con el gobierno legítimo de Madrid, y ante la multitud convocada para aclamarle en ritual típicamente fascista, dice que «nosotros y España somos dos hermanos, con casa separada en la Península, tan vecinos que podemos hablarnos desde las ventanas, pero seguramente más amigos por independientes y celosos de nuestra autonomía», lo que constituía la más directa mimetización del lenguaje de Sardinha. Y añadía: «como peninsulares, episódicos enemigos y constantes colaboradores en los descubrimientos y divulgación de la civilización occidental» —de nuevo las tesis de Sardinha— «nos cubrimos de luto con las desgracias y horrores de su guerra civil, sentimos como nuestras las pérdidas de su patrimonio material y artístico, el derramamiento de su sangre, la trágica desaparición de algunos de sus mayores valores». La más grave de las conclusiones era la de que «nos parece que algo se quebró —aunque confiemos en que no sea por mucho tiempo— de estos lazos que a España nos unían» (Salazar, 1937: 224-25).

En abril de 1938, sin embargo, el dictador se preocupa, delante de la Asamblea Nacional, de denunciar «algunos desvíos» detectables en la «España nacionalista» relativamente a la identi-

dad portuguesa, atribuibles, decía, «a los humos embriagadores de la victoria, la exaltación provocada por durísimos sacrificios y la necesidad de apelar a los más altos heroísmos». «Cuando los españoles se ocupen de reparar las ruinas y de levantar el futuro», después de, obviamente, «aplastado el comunismo», «a todos se impondrá, como la propia evidencia y luz de la razón política, este hecho irreductible de la dualidad peninsular contra el cual son impotentes las tradiciones federalistas de las dos repúblicas, como no menos la tradición imperialista de Felipe II» (Salazar, 1943: 83).

No nos puede causar sorpresa, por eso, que los dirigentes del *Estado Novo* se sintieran particularmente enojados ante las amenazas que percibían en la triunfante coalición franquista, aun antes de terminada la guerra en España, puro producto de una mezcla entre las más tradicionales tesis del nacionalismo unitarista español, que encontraba en la pluralidad nacional y de entidades estatales existente en la Península Ibérica un foco permanente de *desunión*, de *penetración extranjera*, de bloqueo de la capacidad internacional de la Península. Dichas ideas aparecían expuestas no sólo en el discurso historiográfico al servicio de la ideología nacionalista, sino también en el discurso político de los jefes del *Nuevo Estado* español, bajo la forma de supuesto por todos más o menos compartido.<sup>37</sup>

### Las izquierdas: de la ilusión a la solidaridad ante la tragedia

Si la derecha salazarista pasó del recelo anti-iberista-democrático al alivio con el triunfo de Franco y al sentimiento profusamente publicitado de haber contribuido decisivamente al mismo, las izquierdas portuguesas pasaron de la ilusión ante la proclamación de la República a la más profunda decepción ante el desenlace de la tragedia española. La pluralidad política y social de la participación de portugueses en la lucha en favor de la República y en contra



del alzamiento militar reaccionario pasó por el compromiso de muchos de los emigrantes económicos portugueses (presentes sobre todo en Asturias, León y Cataluña), en paralelo con el más evidenciado de los exiliados políticos. César Oliveira subrayó, en su investigación pionera desarrollada hace más de veinte años, la articulación diferenciada de los «militares y civiles republicanos, particularmente los que habían estado ligados al Partido Republicano Portugués y las tentativas de sedición militar organizadas en Portugal» en el período 1927-31; de los «anarquistas y anarco-sindicalistas que tenían contactos tradicionales con sus correligionarios del Estado español desde el inicio de la organización del movimiento obrero portugués en 1870»; de los «comunistas (...), manteniendo contactos con el PCE y con la organización española del Socorro Rojo Internacional (SRI)»; y de los «exiliados políticos independientes», muchos de los cuales acabarán por adherirse «en el transcurso de la Guerra Civil al PCP y al PCE o al PSUC, acompañando, además, el movimiento de adhesiones a los comunistas que se verificó en la España republicana a partir de mayo de 1937» (Oliveira, 1987: 264-65).

La ilusión y la solidaridad portuguesa tomaron forma en una infinidad de «estructuras de contacto y de acción creadas por los exiliados republicanos» y anarquistas, y en especial por los *Budas*, entre los que se destacaban Jaime Cortesão y Jaime de Moraes; «la Federación Anarquista de Portugueses Exiliados (FAPE), participante en la Federación Anarquista Ibérica (FAI)» y «en contacto con la Federación Anarquista de la Región Portuguesa (FARP) [y] con la CGT»; el «Núcleo Cultural Portugués de Madrid»; la «Delegación Portuguesa de los Emigrados Políticos y la Unión de los Antifascistas Portugueses en Barcelona», organizaciones «supuestamente dominadas por los comunistas»; una «Casa de los Portugueses» en Madrid, referenciada en el Archivo de la policía política portuguesa; la «Radio Fantasma,

emisora anarquista organizada bajo la tutela de la FAPE y del periódico *Rebelión*», el «periódico *Unir*, semanario del Frente Popular Portugués», periódicos que, «según informaciones existentes en los Archivos de la PIDE/DGS (...), eran introducidos en Portugal por diversas vías, a partir de Francia y de Gibraltar» (cfr. Oliveira, 1987: 267-69). El más emblemático de los exiliados intelectuales, Jaime Cortesão,<sup>38</sup> intentaría ser la cara más visible en el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (Barcelona, Madrid y Valencia, julio de 1937), de un «Portugal [que] quiso luchar y lucha al lado de la República española, no por medio de una resistencia pasiva cualquiera, sino directamente en España, donde hay cerca de dos mil portugueses en las Brigadas Antifascistas [sic]», porque, justamente, «los portugueses saben que su libertad y la de los pueblos está ligada a la suerte de la guerra de España» (Cortesão, cit. en Oliveira, 1987: 269-70).

Desde un punto de vista más estrictamente militar, los archivos y los testimonios parecen acreditar la presencia de «por lo menos 500 portugueses que combatieron en las filas republicanas», a los que, pese a ser un número sustancialmente inferior a los 2.000 que reivindicó en su tiempo Cortesão, habría que añadir un número significativo de combatientes republicanos no censados como portugueses: «no habría sido muy difícil (...) que muchos de los 4.000 portugueses que trabajaban en las minas asturianas, residiendo hace años en España, con sus nombres «españolizados», pudiesen, con razonable facilidad, pasar por naturales de Galicia», o que «del mismo modo que muchos refugiados españoles pudieron estar instalados en las serranías de Castro Laboreiro durante por lo menos 15 meses, un número substancial de portugueses combatientes en España habrían podido llegar a Portugal y haber escapado a los controles de la PVDE [policía política], de la GNR y del PSP [fuerzas policiales], con el apoyo de familiares y amigos». En 1939, 57 portugueses estaban detenidos en el campo

## EXPEDIENTE

de concentración de San Pedro de la Cardeña, varios otros en Alicante, Lleida y Barcelona, y «diversas informaciones» hablaban de «cerca de tres centenares de portugueses internados en los campos de concentración del Sur de Francia, después de la derrota de la República en Cataluña». «Por lo menos 45 portugueses, acusados de participación activa en la resistencia de las milicias republicanas durante la progresión de las columnas militares de los «nacionales» habrán sido entregados en la frontera a la PVDE. En el Archivo del M.N.E., a su vez, César Oliveira consiguió documentar «cerca de dos decenas de portugueses fusilados por los «nacionalistas» en diversas circunstancias» (cfr. Oliveira, 1987: 270-72 y 162).

Entre la intelectualidad opositora portuguesa, por su parte, cundía la «angustia de la impotencia a la que estaban confinados» los «intelectuales portugueses encadenados por la dictadura salazarista (...) cercenado el acceso a cualquier tipo de participación activa», tal y como lo evaluó Adelaide Ginga Tchen en uno de los raros estudios sobre el impacto de la guerra de España en la producción artística portuguesa.<sup>39</sup> Queda claro que «la guerra de España, aquí al lado, [era] vivida día a día y hora a hora», como lo recordaba Mário Dionísio en 1986, joven activista comunista 50 años antes, «con el oído pegado a los aparatos de TSF, con proyectos ansiosos de ir allí (las Brigadas Internacionales no eran fantasía) y el remordimiento de quedarse. (...) Y el «¡no pasarán!» vibrando en nuestra desesperación mucho antes de ser trágicamente formulado en las barricadas de Madrid» (Dionísio, en *Jornal de Letras*, 14-7-1986, cit. en Tchen, 1996: 107). José Gomes Ferreira escribía en sus canciones *Heróicas*: «¡Hermanos! he aquí lo que yo puedo ofrecer a vuestra lucha:/ un cenicero con diez puntas de cigarro/ y una noche de insomnio insumiso.../ ¡Qué rencor de verguenza!» (Ferreira, «Poesía I», transcrito en Tchen, 1996: 107).

Aunque la Guerra de España no haya sido

para los jóvenes y menos jóvenes intelectuales portugueses —con la evidente excepción de Jaime Cortesão— aquella *poets' war* de la que el comunista británico Stephen Spender hablaría en 1950 y que movilizó a un gran número de jóvenes antifascistas de todo el mundo, por lo menos en términos de presencia efectiva en el frente de combate, esta «nueva generación literaria que despuntaba en este período de fuerte concienciación de otras realidades consiguió pasar al papel de revistas y periódicos como *O Diabo*, *Manifesto*, *Altitude* y particularmente *Sol Nascente*, varios ecos de la resonancia provocada por esa «guerra atroz», mencionando aquí a nombres como los de Miguel Torga, Adolfo Casais Monteiro, Álvaro Feijó o Joaquim Namorado, mas allá de los dos anteriormente citados.

Quizás sea necesario, con todo, relativizar el contenido objetivo de esos «ecos» una vez que, no lo olvidemos, nunca como entonces los intelectuales portugueses se habían confrontado con un régimen de censura más represivo, en el que los términos con los que se describía la guerra en España eran estrictamente controlados. Bastará citar a Miguel Torga en su «Quarto Dia» de la serie *A Criação do Mundo*, publicada en 1939,<sup>40</sup> para ser detenido y ver la edición secuestrada. El médico transmuntano había visto Burgos, la capital franquista, «transformada en cuartel alemán (...). Y dentro, posiblemente el propio Cristo estaría con máscara de gas»; pero mucho peor era haber descrito «decenas de prisioneros atados», «amontonados en dos camiones, escoltados por guardias civiles, (...) [que] esperaban órdenes para ser llevados al matadero. Cazados, los herejes de la santa cruzada iban a recibir el castigo de querer ser libres. (...) Un infierno, realmente (...) se trata del mismo fascismo militante y totalitario; y, en cuanto al temperamento, somos peninsulares también, capaces de lo peor» (Torga, transcrito en Tchen, 1996: 109).

Más que cualquier otros, «la muerte de Federico García Lorca, así como el bombar-

deo de la ciudad de Guernica, son los dos acontecimientos de la guerra de España más evocados en la literatura portuguesa» (Tchen, 1996: 111). Joaquim Namorado añade, en una corta presentación de una antología de la *Guerra Civil de Espanha na poesia portuguesa*, «las circunstancias de la muerte de [Miguel de] Unamuno [que] fueron vividas con verdadera angustia en nuestro medio intelectual», reiterando, todavía en 1986, una postura ante la figura trágica, pero ambivalente, de Unamuno que parece haber sido muy corriente entre los intelectuales antifascistas del tiempo: «la prensa mundial anunció que [Unamuno] era favorable a los franquistas sin que sus admiradores diesen mucho crédito a la noticia. (...) La duda no duraría mucho tiempo», ya que «el gran escritor peninsular» sería «el único que», ante el ¡*Viva la muerte!* gritado en su presencia por el general franquista Millán Astray en las conmemoraciones del *Día de la Raza* de 1936, «se levanta contra la iniquidad», afirmando: «Venceréis, porque tenéis más fuerza bruta de la que necesitáis. Pero no convenceréis. Porque, para convencer, sería preciso persuadir. Ahora bien, para persuadir, sería necesario tener lo que os falta: la Razón y el Derecho en la lucha» (Namorado, 1987: 16). Resulta, por tanto, natural que el primer número de la revista marxista *Sol Nascente*, que vio la luz en enero de 1937, a los seis meses del inicio de la guerra en España, le dedicara un artículo, y que el número 4 de *Manifesto* homenajeara a Unamuno, «uno de los mayores genios de la tierra» en julio de ese mismo año, una vez conocida la muerte de éste en diciembre anterior, después de haber sido ampliamente publicitada la ya mítica escena que había transcurrido en el Rectorado de la Universidad de Salamanca.

Más allá de las elites políticas e intelectuales del Salazarismo y de la resistencia democrática, la sociedad portuguesa vivió de forma particularmente intensa el drama español y, bajo el plomo de la fase más violenta de la opresión

franquista,<sup>41</sup> demostró una solidaridad que suponía un valor ético socialmente difícil de encontrar en semejantes coyunturas, en radical contraposición con la actitud asumida por el Estado y sus aparatos represivos. El caso de las regiones fronterizas es, naturalmente, especial, porque a ellas afluyeron miles de refugiados españoles, abriendo uno de los casos planteados por el gobierno de la República al Comité de Londres. César Oliveira situó en los meses de guerra que transcurren todavía en 1936 el grueso de este fenómeno, identificando como «militares, miembros de fuerzas militarizadas (Carabineros, Guardia Civil, Guardia de Asalto) y civiles republicanos» a los grupos que buscaban refugio en Portugal. Luego, «a partir de enero de 1937, el principal motivo de fuga hacia Portugal de españoles» era la fuga a la «convocatoria y movilización para el servicio militar» del lado de los franquistas «y la movilización de algunas clases de reservistas». Todos los refugiados, una vez detectados y detenidos, eran entregados a la policía política, la PVDE, «en el caso de estar indocumentados o recaer sobre ellos alguna sospecha de izquierdismo o republicanismo y fue, además, ésa la actitud global que las autoridades adoptaron», atribuyéndose, así, a aquélla un papel central en la represión de la fuga de españoles a las brutales represalias que los franquistas perpetraban en todos los territorios españoles que lindaban con Portugal; o entonces, en el caso de los refugiados cuyo estatuto militar o militarizado fuese detectado, «eran entregados a la unidad militar más próxima del local de captura o de su presentación a las autoridades portuguesas». «Otro tipo de refugiados», recordaba Oliveira, «estaba constituido por individuos afectos a la sublevación franquista», beneficiando «fácilmente [de documentación de los] consulados españoles afectos a los franquistas», y «sobre los cuales se hacían algunas investigaciones [...] en el caso de probarse su filiación «nacional», eran dejados en libertad y dadas facilidades para su

## EXPEDIENTE

tránsito por cualquiera de las zonas dominadas por las tropas franquistas».

Se calculó en un mínimo de 1.350 los «refugiados rojos» cuyo control exacto fue posible «verificar», detenidos todos en los fuertes militares de Caxias, S. Julião da Barra e da Graça (Elvas), en la delegación de la PVDE de Oporto y en un improvisado campo de concentración, en la Herdade da Coitadinha, en Barrancos, en el cual, «según informaciones provenientes del comandante militar de Beja, llegaron a estar concentrados 806 españoles». Un acuerdo con las autoridades republicanas, conseguido en el momento en el que Salazar rompía relaciones diplomáticas con el gobierno legítimo español, permitió que 1.500 de estos refugiados fuesen trasladados a Tarragona a bordo del buque *Niassa*. En todo caso, insistió en su momento Oliveira para justificar un cálculo de «un número muy superior a los 2.000, pudiendo incluso haber superado, sustancialmente, los 3.000», «muchos refugiados escaparon a la detención porque tenían contactos frecuentes con ciudadanos portugueses que residían en localidades fronterizas o porque fueron protegidos por españoles residentes en Portugal, de simpatía republicana» (Oliveira, 1987: 155-56 y 157-59).

Además, el gobierno y las poblaciones mismas de las regiones fronterizas no fueron confrontados con el fenómeno de la búsqueda de refugio por parte de españoles a una escala muy superior, precisamente porque Portugal fue rápidamente percibido por aquellos que intentaban escapar a las represalias franquistas, o sencillamente al estado de guerra, como un territorio muy poco seguro. Para un republicano español, mejor, para cualquier español que intuyera poder ser sospechoso a los ojos de esa amplia coalición franquista de falangistas de cabeza caliente, militares y milicianos de varios uniformes, sacerdotes, y grandes y medianos propietarios aterrorizados con la perspectiva de una revolución social que parecía concretarse de forma amenazante en las regiones que

más tiempo permanecerían lejos del dominio franquista, las fuerzas de seguridad portuguesas, y la PVDE en particular, aparecían como aliados particularmente leales de los mismos que los eliminarían si los pillasen en territorio bajo control de los sediciosos.

La guerra española tuvo, en estas condiciones, un impacto muy especial entre estas poblaciones de frontera, insertadas en un tejido social en el que los fenómenos más intensos de movilización política que se vivían en las zonas urbanas, se vieron, en algunos casos, confrontadas con la inexorabilidad de una toma de posición política que las volverían víctimas automáticas de la represión salazarista a un nivel que no tendrá paralelo, salvo en el caso de Alentejo, con ningún otro momento vivido bajo la dictadura. Un caso particularmente revelador fue el de la zona de Barroso, fronteriza con la provincia gallega de Ourense, zona rural tradicionalmente conservadora, sometida al impacto de la rapidísima ocupación franquista del conjunto del territorio gallego, que empujó a centenares (¿miles?) de *fluxados* hacia territorio portugués.

En el que designó como «un tiempo de crisis colectiva: 1936-1946» —es decir, la guerra y el período de actuación de las guerrillas antifranquistas en territorio gallego—, la antropóloga Paula Godinho, que estudió el fenómeno, recuerda que «permanecer en Galicia [después del triunfo del golpe franquista en toda esta región] —la opción de muchos defensores de la legalidad republicana— significaría a corto plazo pagar ese apoyo con la dureza de la represión, que eventualmente arrastraría a la familia y a elementos del círculo más próximo de afinidades. Los antiguos alcaldes, la mayoría de los dirigentes políticos, de los sindicalistas, de los profesores, fueron fusilados bajo la acusación de rebelión, o llevados hacia el *paseo* del que no volverían». Para aquellos que no se resignaron a dejarse coger, «convirtiéndose en un *fluxado*, ésta era la elección que minimizaba los riesgos. Durante toda la Guerra Civil de España, y prin-

principalmente a lo largo del año 1936, militares, elementos de las fuerzas militarizadas y civiles afectos a los republicanos buscaron refugio del lado portugués», creyendo que éste era «un camino de fuga del infierno», «aprovechando los lazos de una red social que se extendía más allá de los límites políticamente convencionales de cada país, (...) que los volvía aceptables en momentos bien determinados de necesidad imperiosa». La «permeabilidad de la raya», les habría «[permitido] fijar la residencia en Portugal, o de hecho utilizar a este país como trampolín para más lejanos exilios, principalmente en América del Sur» (Godinho, 1996: 29-30), potencialidad que Francisco Espinosa<sup>42</sup> apuntó también para las motivaciones del refugio español en la zona alentejana.

Las demás zonas portuguesas de la frontera española, si tomamos en consideración los levantamientos de memoria publicados y divulgados, parecen haber conservado en menor medida la memoria colectiva de la Guerra de España que Alentejo o Trás-os-Montes. En el Alto Minho, con todo, mucha gente seguramente recordará aún el refuerzo de la presencia de los agentes de la policía política en los meses que median entre la victoria del Frente Popular (febrero de 1936) y el arranque del Alzamiento (en julio), y de la llegada de los derechistas que huían de la presión social a la que la marea popular sometía a las clases pudientes españolas, la mayoría de los cuales, sin embargo, eligió las grandes ciudades, Lisboa y Oporto, para aguantar esa corta transición hacia la guerra abierta.<sup>43</sup>

### El nuevo peligro español: Revolución portuguesa y tardofranquismo

Las victorias aliadas que se suceden desde el final de 1942 —el desembarco angloamericano en el Norte de África, francés ante todo, Stalingrado como marco inicial del irreversible retroceso de la fuerza militar nazi— acabarán por poner una piedra definitiva sobre las velei-



dades anexionistas del régimen de Franco. Los casi 30 años que separan el final de la Segunda Guerra Mundial y la Revolución democrática del 25 de abril de 1974, constituyen la fase que mejor refleja las reiteradas costas vueltas a vivir de espaldas, no tanto entre las dos sociedades, sino más bien entre dos regímenes y dos elites dominantes que sabían que les era esencial que se conservara la hegemonía política y social de la otra, pero que, en lo más profundo de sus concepciones nacionalistas, despreciaban lo que creían que representaba la identidad histórica del otro país. Un subterráneo antiespañolismo recorrió el Salazarismo, mientras la ignorancia patente de todo lo que fuera portugués recorría el Franquismo.

Los años 1974-75 abrieron, una vez más, un ciclo de evidente contraposición entre dos tipos de evolución del modelo de Estado en Portugal y en España que chocaban entre sí. La ecuación no resultaba inédita, ni mucho

## EXPEDIENTE

menos, en la Historia del siglo XX ibérico: lo mismo había ocurrido en 1910-26 (República laicista en Portugal, Monarquía crecientemente autoritaria en España) y en 1931-39 (dictadura salazarista en Portugal, República democrática en España, militarmente desafiada en su última fase por las derechas fascistizadas con el apoyo explícito portugués), y también entonces las tensiones políticas entre los dos Estados alimentaron la sospecha de que cada uno apoyaba y cobijaba a la oposición que conspiraba contra el otro.

La duplicidad de actitudes en el comportamiento de los que gobernaban en Lisboa y en Madrid fue la inevitable consecuencia de semejante coyuntura. Por una parte, se alardeaba y reiteraba la neutralidad oficial recíproca: los ministros de Asuntos Exteriores de ambos países se encontraron en cuatro ocasiones del período revolucionario portugués –Mário Soares con Pedro Cortina en junio (Madrid) y septiembre (Nueva York) de 1974; Melo Antunes se entrevistó con su homólogo español, Pedro Cortina, en julio de 1975 (en Madrid) y con Areilza en febrero de 1976 (en Guarda). Arias Navarro llegó hasta a encontrarse oficialmente con el presidente de la República portuguesa, general Costa Gomes, en Helsinki en agosto de 1975,<sup>44</sup> justamente cuando la confrontación política en Portugal se acentuaba más. «Tanto Portugal como España eran conscientes de que una confrontación diplomática redundaría en perjuicio mutuo. Portugal, con el difícil problema de la descolonización y la grave inestabilidad interna, no tenía el menor interés en frenar un nuevo conflicto en su retaguardia. A su vez, España, con Franco moribundo, con problemas de orden público, de terrorismo, con el conflicto del Sáhara, etc., tampoco tenía interés en abrir otro foco de preocupación (SÁNCHEZ, 1993: 347).

Sin embargo, por debajo de esta cutícula oficial, el tardofranquismo, y sobre todo sus aparatos militares y de seguridad, protagonizaron una muy mal ocultada injerencia en la si-

tuación política portuguesa, apoyando las fuerzas involucionistas que reclutaban operativos entre algunos de los excombatientes de África más fanatizados, y buscando apoyo financiero en las elites socioeconómicas herederas del Salazarismo. Para empezar, el número dos de la policía política (la PIDE/DGS),<sup>45</sup> Barbieri Cardoso, se instala en Madrid inmediatamente después del 25 de abril de 1974 y organiza una fuerza armada, responsable de una oleada significativa de ataques terroristas, el Exército de Libertação de Portugal (ELP). A finales de ese año, Spínola, que había abandonado la presidencia de la República el 30 de septiembre, se desplazó por espacio de tres semanas a España para organizar el Movimento Democrático para a Libertação de Portugal (MDLP) en coordinación con el ELP. Era febrero-julio de 1936 otra vez, pero ahora en el orden inverso...

La preparación del golpe del 11 marzo de 1975 –el primer intento verdaderamente serio contra el proceso revolucionario portugués– contó, según la generalidad de los testimonios portugueses, no sólo con el apoyo logístico español, por parte militar y de la DGS, sino también con el político del propio Arias Navarro que, según cualificados conspiradores portugueses, habría asegurado el reconocimiento formal del Gobierno español a un futuro gobierno portugués que saliera de la conspiración triunfante, o, en caso de fracaso, el estatuto de asilados políticos (SÁNCHEZ, 1993: 351).<sup>46</sup> En esa fase, y, de nuevo en la evaluación de Sánchez Cervelló, el «centro logístico» de la contrarrevolución portuguesa «estaba en Madrid, su servicio de informaciones en Alcalá de Henares, y sus bases de entrenamiento en los alrededores del Valle de los Caídos, en Ávila y en zonas de la frontera con Portugal» (idem).<sup>47</sup>

El «momento más dramático y difícil de las relaciones entre los dos países» (Melo Antunes, citado en SÁNCHEZ, 1993: 354) acabó siendo el asalto e incendio de parte de las ins-

talaciones de la Embajada de España en Lisboa el mismo día de los fusilamientos de Otaegui, Txiki, Baena, García y Sánchez Bravo, en septiembre de 1975. Para Sánchez Cervelló, éste «continúa siendo uno de los episodios más oscuros de todo el proceso portugués», y aunque reconozca que «generalmente se acepta que la organización y dirección de la acción fuese obra del FRAP-UDP»,<sup>48</sup> resulta «posible la hipótesis de que intentasen secuestrar al embajador español y eventualmente a otro personal diplomático», puntualiza que todo se produjo «en medio de una intensa campaña de desinformación e intoxicación» que el mismo Eloy Ibáñez, entonces agregado cultural en Lisboa, atribuyó, en una entrevista con el historiador catalán, realizada en 1985, directamente a los «servicios secretos» españoles. Se trataba, aparentemente, de provocar a los portugueses con rumores como los de que «un ejército procedente de Portugal iba a invadir España», «historia» en la que «creyó nuestro Alto Estado Mayor», o de que «centenares de tanques pesados españoles llegaron a tomar posiciones entre Cáceres y Badajoz» (Pinheiro de Azevedo), descritos por el ultraderechista portugués Paradela de Abreu como obra de la División Brunete. Lo que algunos testimonios españoles confirman es que, en el caso de que la hipótesis de secuestro del embajador se hubiese cumplido, Madrid apostarían por una intervención militar española, «puesto que la estudiaron altas esferas militares, creyendo que había sucedido (véase SÁNCHEZ, 1993: 355-56).

¿Cómo se vio a España desde la vorágine de la Revolución portuguesa? Hablamos, esta vez, de las distintas fuerzas políticas de aquel momento. Y, ante todo, de los herederos de esas izquierdas portuguesas que soñaron con el triunfo de la República española, y sobre todo de una versión más avanzada del régimen creado en 1931 que derrotara a la rebelión franquista de tintes claramente fascistas, cómo interpretaron ellos este marco histórico inver-

tido, en el que una revolución democrática de tintes socialistas había derribado a la dictadura que se había comprometido hasta lo más hondo de sí misma con el triunfo de un régimen que seguía vigente en España en 1974-75?

Una Revolución catalizadora de un cambio democrático en España fue, en lo que al análisis del proceso político español se refiere, la primera representación que la prensa política portuguesa de izquierdas hizo del papel del proceso revolucionario portugués. No puede sorprender que, en un país cuya estabilidad dependía en tan gran medida de que se evitara cualquier forma de confrontación con su único (y comparativamente grande) vecino, las fuerzas sociopolíticas que se comprometieron con un proceso de cambio político radical afirmaron que la Revolución necesitaba de la caída de la dictadura franquista y del triunfo de una cierta forma de democracia que el tiempo no confirmaría en su naturaleza rupturista, para usar la terminología del tiempo.

La «última dictadura fascista de Europa», una «dictadura terrorista» (*Avante!*, 25-9-1975) así era definida por el órgano de comunicación de los comunistas portugueses el régimen franquista en esos últimos meses de vida de Franco. Fórmulas, por lo demás, muy similares a las utilizadas por la oposición de izquierdas española y, en general, por el movimiento obrero a escala mundial. El morir matando de la dictadura franquista, ya lo sabemos de sobra, atrajo hacia España y, dentro de ella, en particular hacia el País Vasco, una atención especial que no tenía paralelo desde la Guerra Civil y los años de la posguerra mundial, en los que creció, vana y efímeramente, una ilusionada esperanza de que Franco cayera.

«¡España vencerá!» se gritaba en los mítines expresamente convocados por el PCP en solidaridad con «la lucha del pueblo hermano de España», que, «después del 25 de abril, como antes del 25 de abril, para todos nosotros, portugueses antifascistas, para todos nosotros, comunistas portugueses, es sentida como una

## EXPEDIENTE

parte integrante de nuestra lucha contra el fascismo, por la libertad, por la democracia». Entendamos que, en la especial circunstancia de la radicalidad del proceso revolucionario portugués, ésta no sería sencillamente una generosidad retórica cuando se reclamaba, desde Portugal, que «los tiros disparados en Madrid, Burgos y Barcelona» por la represión franquista «atañen también a la libertad en Portugal y las balas que mataron a los cinco patriotas españoles» el 27 de septiembre de 1975 «alcanzan también a los antifascistas portugueses y al pueblo portugués». Para el PCP, como, en general, para la izquierda portuguesa, el «fascismo mata también en España porque le asusta la libertad implantada en Portugal con el 25 de abril y los reflejos que la victoria del pueblo portugués tiene en la lucha por la liberación de los otros pueblos y del pueblo español también». Para el dirigente comunista Aurélio Santos, «cada golpe sufrido por el pueblo español lo sentimos también en nuestra carne» (cit. en *Avante!*, 2-10-1975).

«A los patriotas antifascistas españoles», los socialistas, por su parte, les aseguraban que «vuestro sacrificio no ha sido en vano». Para el órgano oficial del PS, «las vidas» de los cinco fusilados del 27 de septiembre «no eran sólo de ellos, sino que también eran nuestras». El razonamiento era exactamente el mismo que proponían los comunistas: «nuestra Revolución no es sólo nuestra, porque también es de ellos. Ellos consideraron que perder la vida por la Revolución, nos exige que sepamos no perder la Revolución» (António Mota Prego, en *Portugal Socialista*, 8-10-1975).

De esa forma, la lectura de la evolución contradictoria de los casos portugués y español que comunistas y socialistas hacían se acercaba mucho al discurso que, un poco en todos los sectores políticos ibéricos, se había hecho en la coyuntura histórica de 1936-39: el modelo político dominante en cada uno de los dos Estados peninsulares dependía de la naturaleza, y de la consolidación, del otro.

No solamente la Revolución portuguesa contenía en sí misma un mensaje y un significado que sobrepasaban sus fronteras nacionales, y muy especialmente las que separaban Portugal de España, sino que su supervivencia dependía del triunfo de la lucha antifranquista; por eso, «nuestra Revolución no es sólo nuestra, porque también» es española, y «cada golpe sufrido por el pueblo español» significaba un golpe «también en nuestra propia carne».

Sin embargo, era también esa lógica la que propiciaba ese fenómeno tan común de la apropiación de una realidad ajena y de su lectura a la luz y en los términos de la realidad propia. En un primer momento, que coincide fecha por fecha con la fase del período revolucionario en el que la izquierda radical, aunque claramente dividida (PCP y aliados, por una parte, las distintas corrientes de la extremaizquierda, a su vez divididas entre sí, por otra) ganaba apoyo social (abril de 1974-noviembre de 1975), el Portugal revolucionario mira con horror y especial temor al espasmo represivo final del Franquismo, un régimen que no demuestra, hasta meses después de la muerte de Franco, señales relevantes de cambio. Sólo en un segundo momento, posterior al discurso de Arias Navarro de febrero de 1976, coincidiendo con el inicio del llamado proceso de normalización democrática en Portugal, la lectura de la situación española gana un interés añadido por las posibilidades que ofrece de análisis comparativo de lo que, por fin, parecía ser, por parte española, un proceso de transición posdictatorial.

En aquel primer momento, verano y otoño de 1975, la situación española se leyó y comentó para que de ella se pudiesen sacar lecciones para el proceso político portugués. Todas las grandes fuerzas políticas creadoras de opinión lo hicieron. Ante todo, el ejemplo paradigmático habrá sido la lectura contrapuesta que las dos fuerzas más importantes de la izquierda portuguesa, socialistas y comunistas, desarrollaron de aspectos específicos de la degra-



dación del tardofranquismo. Los comunistas parecen haberse empeñado más en el análisis del caso español y el órgano central del PCP, el *Avante!*, dedicó mucha más atención a los acontecimientos españoles de 1975-78 que al Portugal socialista. Pero el *Avante!*, en general reproduciendo tesis bastante clásicas de la lectura del movimiento comunista internacional sobre la cuestión nacional y el recurso a la lucha armada en contextos no coloniales, evitaba, en los comentarios sobre el proceso político español, criticar las elecciones políticas coyunturales del PCE, con el cual era difícil, gestándose el ciclo del eurocomunismo carrillista, ocultar la mala relación.<sup>49</sup> Sin embargo, Santiago Carrillo no era un personaje habitual en la prensa comunista portuguesa, aunque, justamente, frecuentara más a menudo las páginas del *Portugal Socialista*. El secretario general del PCE, todavía en el exilio, asiste en Lisboa al Congreso del PS a invitación personal de un Mário Soares táctico que, como relató veinte años más tarde, «quería aprovechar la contribución [de mi amigo Santiago Carrillo] para neutralizar la ola comunista interna, que tanto presionaba a los portugueses en la época» (Soares, transcrito en Avillez 1996: 368).

La derecha clásica, en general, no se pronunció sobre el problema español hasta el final del período revolucionario portugués, cuando, justamente, no se trataba ya de comentar los

estertores asesinos de la dictadura de Franco sino de un proceso de Transición que estaba dando sus primeros pasos. Son escasísimas las referencias al tema en el órgano oficial del Partido Popular Democrático (PPD), la más importante de las fuerzas políticas de la derecha democrática portuguesa. Ante las condenas a muerte de septiembre, en España, esta derecha, formalmente heredera de los escasos sectores conservadores y liberales que habían iniciado una difícil ruptura con la dictadura salazarista en sus últimos años, buscaba un difícil paralelo con la violencia presente en el proceso de descolonización de los territorios africanos y asiáticos portugueses, que estaba llegando, por entonces, a su fin. «La sentencia de muerte de Garmendia y Otaegui me hizo temblar de la cabeza a los pies», afirmaba Maria Luísa Caldeira, una dirigente popular democrática, en un mitin realizado en Oporto. En una evidente exageración de los hechos, que ningún análisis histórico posterior confirmaría,<sup>50</sup> se preguntaba: «Pero qué decir de los miles de nuestros hermanos de sangre, bárbaramente asesinados, condenados a muerte y fusilados... en Angola, Timor, Mozambique y Guinea Bissau? (...) Mientras en Lisboa y en Oporto se promueven manifestaciones por causa de estos dos hombres, hay gente muriendo de hambre en el aeropuerto de Luanda» (*Povo Livre*, 11-9-1975), en referencia a los colonos portugueses que querían huir ante el acercamiento de la fecha de la independencia angoleña y la internacionalización del conflicto, con los distintos movimientos de liberación luchando entre sí, mientras los sudafricanos invadían el país desde el Sur y los cubanos se preparaban para intervenir en favor del Movimento Popular de Libertação de Angola (MPLA).

Un papel muy especial representará, a lo largo de este período, la reacción portuguesa a las condenas a muerte de tres activistas de ETA y de ocho del FRAP en el verano de 1975. Todo el mes de septiembre de ese año se llenó de manifestaciones y peticiones



## EXPEDIENTE

distribuidas un poco por todo el mundo para protestar contra las que serían las últimas ejecuciones ordenadas por Franco. En Portugal, ese período coincidió con la fase más aguda de la confrontación entre la izquierda revolucionaria civil y militar, que acababa de ser despojada del liderazgo gubernamental (Vasco Gonçalves sustituido por Pinheiro de Azevedo como jefe del Gobierno Provisional) y de prácticamente todos los comandos militares. Es en un contexto tan políticamente tenso, marcado por un empuje muy nítido de la presencia de la extrema izquierda en la calle y dentro de los cuarteles, apoyada en la única estructura militar cuyo mando quedaba, todavía, en sus manos —el Comando Operacional do Continente (COPCON), bajo órdenes de Otel Saraiva de Carvalho—, donde se realiza toda la movilización popular contra el ciclo de represión final del Franquismo.

Algunos detalles pueden resultar interesantes. Ante todo, en las manifestaciones y mítines que se convocan en solidaridad con los condenados de ETA y del FRAP, era solamente a dos de los activistas de ETA (Otaegui y Garmendia) a los que se solía hacer expresa referencia, el segundo de los cuales, hay que reseñarlo, acabará viendo conmutada su condena a muerte por cadena perpetua. A la resistencia vasca, efectivamente, se dedicaba una atención y una dimensión política más intensa que al FRAP, hasta tal punto que, en los titulares de la prensa de izquierdas, la definición de los condenados tiene casi siempre más que ver con «militantes vascos» que con «patriotas españoles» (*Avante!*, 4 y 25-9-1975), con «cinco nacionalistas» que con «patriotas antifascistas españoles» (*Portugal Socialista*, 1 y 8-10-1975) en una reveladora equiparación semántica entre nacionalista y patriota que, mezclando independentistas vascos con activistas no vascos de la revolución armada, acababa por contaminar la valoración de los segundos con calificativos aplicables a los primeros.<sup>51</sup>

Hasta en el caso del periódico de una de las

organizaciones de la extrema izquierda portuguesa con más íntima relación con el FRAP, la UDP, se llamaba especialmente a que «salvemos la vida de los dos antifascistas vascos» (*O Grito do Povo*, n° 46, 5-9-1975). Será justamente a este grupo político con un trabajo relativamente regular de contactos con el FRAP y el PC de E (ml)<sup>52</sup> al que se atribuye la responsabilidad principal por el asalto a las instalaciones diplomáticas y consulares españolas en Lisboa, Oporto y Setúbal, en el que «varios miles de antifascistas (...) incendiaron los consulados de España y la Embajada española (la más lujosa Embajada [asediada en] Portugal!)» (*O Grito do Povo*, n° 50, 3-10-1975). «Franco asesino: tus días están contados» se alardeaba en ese mismo número de *O Grito do Povo*, el vocero del componente político que lideraba a la UDP, en el que se criticaba duramente la actuación de la policía y de los militares destacados para contener a la multitud.

El problema para el resto de la izquierda, por el contrario, derivaba, además de la naturaleza misma del acto violento, de las consecuencias que se temía que éste pudiese conllevar para la Revolución portuguesa. El líder histórico de los comunistas portugueses, Álvaro Cunhal, que, el mismo día de los fusilamientos llamaba a «rendir homenaje a las últimas víctimas de la dictadura franquista, los cinco antifascistas hoy fusilados», advertía que «a veces la anarquía esconde su carácter contrarrevolucionario aparentando defender las más justas causas. Así, por ejemplo, nosotros siempre fuimos y continuamos siendo activamente solidarios con la lucha de las fuerzas y del pueblo español para su liberación (...) pero condenamos firmemente, sin ninguna duda, la provocación llevada a cabo esta madrugada contra la Embajada de España».

Otra vez, como tantas durante el proceso revolucionario, el PCP se encontraba ante una interpretación maximalista que la extrema izquierda hacía del papel político de la reacción popular, buscando elaborar un discurso

que le permitiera criticar un exceso de celo revolucionario sin perder la cara ante la furia más o menos espontánea de la masa. «Tal provocación», proseguía Cunhal:

no sirve a la lucha del pueblo español, no sirve a la Revolución Portuguesa. Hay verdades que es preciso decir en el sitio propio y en el momento adecuado y no queríamos dejar pasar este día sin afirmar nuestra reprobación por una iniciativa que ciertamente no sirve al proceso revolucionario portugués, no sirve a la victoria de las fuerzas revolucionarias en Portugal» (Cunhal, transcrito en *Avante!*, 2-10-1975). En otro mitin convocado expresamente en solidaridad con la oposición antifranquista española, bajo el lema «¡España vencerá!», otro dirigente comunista, ya anteriormente citado, condena el «asalto a la Embajada de España en Lisboa» porque «crea mayores dificultades [al] éxito de la lucha del pueblo portugués, haciendo el juego de la reacción y del fascismo en Portugal, siendo el pretexto para el agravamiento de las dificultades que el fascismo español quiere crear a la Revolución Portuguesa» (Aurélio Santos, transcrito en *Avante!*, 2-10-1975). Para el PCP, más que para los socialistas, los que habían estado en el asalto a la Embajada habrían caído en una trampa de la estrategia de la tensión adoptada por los «fascistas portugueses» para quienes «España es en este momento un nido. Toda esa escoria, todos los terroristas del ELP y del MDLP desean, en vez de temer, un aumento de la tensión que desde el 25 de abril muestran las relaciones oficiales entre Lisboa y Madrid. Pretenden manos libres para entregarse a todo tipo de provocaciones en la frontera, para introducir armas en Portugal, para montar sus cuarteles generales a dos pasos de las ciudades portuguesas. Fueron los golpistas ligados a Spínola, a los Alpoim Galvão y a otros criminales de su ralea los incendiarios de Palhavã y de la Rua do Salitre», donde se localizaban la Embajada y el Consulado españoles, quienes «prestaron un gran servicio» (*Avante!*, 2-10-1975).

La derecha del PPD, por su parte, condenaba, a través de un «Comunicado final del Consejo Nacional», y «con vehemencia las ejecuciones verificadas en España, repudiando en términos absolutos la pena de muerte (...)

pero notificó también la violencia y el pillaje del que fueran blanco las instalaciones diplomáticas y consulares de España, considerándolas medios inadecuados para la expresión pública de los sentimientos de protesta y solidaridad del Pueblo Portugués». Sin embargo, el caso servía todavía de pretexto para reproponer una condena paralela de los «acontecimientos de Angola y Timor, deplorando con indignación las muertes, violencias y degradación de que fueron víctimas ciudadanos portugueses» (*Povo Livre*, 1-10-1975).

Recapitulando, de una forma u otra, la izquierda clásica (comunistas y socialistas) civil y la nueva izquierda militar (el Movimento das Forças Armadas, que dirigía los destinos de las Fuerzas Armadas comprometidas en el proceso democratizador) que el proceso revolucionario había configurado como tal, acabaron interpretando el apoyo del tardofranquismo a los medios antirrevolucionarios portugueses como una última versión de un inevitable peligro español que amenazaba a la integridad política portuguesa siempre que la fórmula política vigente en los dos Estados entraba en contradicción. Su estrategia, ya la hemos entendido, era la de evitar elementos de tensión con el Gobierno de Franco, intentando controlar de algún modo los movimientos de la oposición armada española, contrariando actividades, consideradas excesivas, de repulsa por la dictadura franquista y por su apoyo a la contrarrevolución.

### La Transición democrática vista desde la pos-Revolución

Por último, la evolución de los acontecimientos de 1975 en España, la Transición que acababa de empezar, suscitaba ya algunos problemas en determinadas fuerzas sociopolíticas portuguesas, obligándolas a plantearse la cuestión de la naturaleza del Estado español y la problemática nacional en ella encerrada. Tres parecen haber sido las posiciones definidas en

## EXPEDIENTE

el marco político de las organizaciones que se definían como comprometidas con la Revolución. Dos de ellas siguen marcando la visión actual de una parte de la izquierda portuguesa sobre la cuestión nacional en España.

Empecemos por la izquierda radical. Comunistas y extrema izquierda, aunque con conclusiones distintas, denunciaron el carácter genético de una evolución política sin rupturas, es decir, conducida a partir de las estructuras del mismo régimen. En un contexto en el que la lucha contra la dictadura aparecía protagonizada en gran medida por movimientos separatistas como ETA, estos sectores de la izquierda portuguesa parecen recuperar, hasta cierto punto, alguna continuidad con la tradición intelectual de las izquierdas obreras portuguesas del último cuarto del Ochocientos y de los años de la Segunda República española, es decir, concebir a la Península Ibérica como un espacio federalizable.

La UDP, la más representativa de las organizaciones de la galaxia maoísta, denunciaba ya en 1974 la «oligarquía yanqui [sic]-franquista» y se asociaba a la «lucha por la República Popular y Federal» por la que «marcha el PC de E (ml) y el FRAP» (*O Grito do Povo*, n° 28, 2ª quincena de agosto de 1974). Acentuándose la incapacidad física de Franco y planteadas alternativas a su desaparición, el llamamiento se repetiría un año más tarde: «Ni Franco, ni el Rey, ni Junta «Democrática» - República Popular y Federal!» (*O Grito do Povo*, n° 46, 5-9-1975).

El PCP acabará, como en otros aspectos de la realidad española, produciendo un análisis más profundo y detallado, insistiendo en el carácter incompleto y dudoso de una democratización controlada desde el poder político y económico hegemónico en 1975, pero demostrando una gran cautela política en la cuestión de las nacionalidades históricas y en el problema vasco, hacia el que, terminado ya el proceso revolucionario portugués y abierto el proceso constituyente español,

volverá más intensamente su mirada. En los años 1974-75, curiosamente, el análisis de la «última dictadura fascista de Europa», una «dictadura terrorista» (en *Avante!*, 25-9-1975), insiste particularmente en la práctica represiva evitando hacer referencia expresa a ETA o al problema de las nacionalidades, como si esto pudiera ser interpretado de forma hostil por parte oficial española y esa sería, en los años venideros, efectivamente la situación. Una única vez, aparentemente, una mención indirecta al problema aparece en un documento regional (de Évora) de las estructuras formales del PCP, emitido a propósito de los fusilamientos del 27 de septiembre, titulado «Los pueblos de España un día serán libres» (en *Avante!*, 2-10-1975).

Será ya en el período de ratificación plebiscitaria del texto constitucional español (otoño de 1978) cuando el órgano oficial del PCP propone una respuesta a las preguntas «¿Por qué el terrorismo en España?» y «¿[El] Terrorismo no tiene color?» en una fase histórica que coincide, no lo olvidemos, con la más impresionante de las ofensivas de las Brigadas Rojas en Italia, secuestrando (marzo) y matando (mayo) al expresidente del Gobierno italiano Aldo Moro. Los comunistas portugueses recordaban cómo estaba siendo de «difícil [el] camino hacia la democracia» en España, y como era «singular [el] proceso de regeneración del fascismo franquista por 'vía pacífica'». Por eso, justificaban, «es evidente que el empeño de un vasto abanico político en la democratización del país enfermo de hondas contradicciones, puesto que tal empeño varía táctica y estratégicamente según las fuerzas y los respectivos intereses de clase», evitando así, pese a las diferencias significativas que les separaban, criticar a sus camaradas españoles. Sin embargo, y desarrollando un análisis clásico suscrito por el movimiento comunista sobre el problema del recurso a la lucha armada, el PCP entendía que:

no deja de ser inquietante la proliferación de actos terroristas que, encubiertos por justificaciones ‘revolucionarias’, no pasan, la mayor parte de las veces, de puros actos de violencia gratuita y hasta de vandalismo. Actos que vienen no sólo de grupúsculos ‘clandestinos’ de extrema derecha sino también de organizaciones izquierdistas pseudorrevolucionarias (...) que han servido objetivamente a los designios de las fuerzas más reaccionarias del país. Los comunistas portugueses llamaban la atención sobre una «ola de violencia terrorista que recorre España desde hace algún tiempo, coincidiendo con la aprobación de la nueva Constitución española» y que estaba «abriendo camino para manifestaciones fascistas, muy ‘preocupados’ con la violencia en el país» (*Avante!*, 9-11-1978). En síntesis, el «terrorismo alimenta el fascismo», y «España es (...) hoy un ejemplo práctico de cómo terrorismo y política de derechas se entrelazan, de cómo el terrorismo favorece a la derecha y es su arma un ejemplo de resistencia encarnizada de las fuerzas de la derecha, su hostilidad, su temor, de cara a cualquier avance hacia la democracia, incluso cuando son tímidos» (*Avante!*, 23-11-1978).

Porque, para los comunistas portugueses, que se sentían protagonistas en 1974-75 de una experiencia revolucionaria sin paralelo en Europa desde la Liberación de 1944-45, los «pasos para la democracia» en España eran, efectivamente, «tímidos» como tímidos eran los acercamientos del PCP a la cuestión nacional. Por ejemplo, al afirmarse que «en España, el terrorismo [se] inscribe en una situación política muy compleja», el *Avante!* subrayaba que la «autonomía regional que se introduce en la nueva Constitución de España» era «limitada» (*Avante!*, 16-11-1978). El tema vasco se apreciaba, creo que por primera vez de forma directa, días después del referéndum constitucional, subrayando cómo «la elevadísima abstención en el País Vasco nos da la medida de uno de los muchos problemas que no están resueltos, porque [constituyen una] herencia del franquismo». Los comunistas portugueses admitían que:

en España, con la votación de la nueva Constitución, que reconoce la Declaración Universal de los Derechos Humanos y garantiza los derechos democráticos fundamentales, se ha dado un paso importante para la democratización de la vida nacional.

Pero, no obstante,

el camino democrático abierto en España no afecta para [nada]<sup>53</sup> a las estructuras de la sociedad –y entre éstas, el análisis del PCP no se refería al problema de la autodeterminación, sino a cuestiones socioeconómicas como el «desempleo», el «alza del coste de la vida» o el «desequilibrio social» (*Avante!*, 14-12-1978).

Semejante cautela en el tratamiento de la cuestión vasca permite imaginar que el PCP suscribiera el informe de Dolores Ibárruri al Comité Central del PCE de septiembre de 1970, que una editorial (Seara Nova) asociada al PCP publica en Portugal en los primeros meses de 1978 bajo el título de *Espanha, Estado multinacional*, con prefacio (para la edición portuguesa) de José María González Jerez, en el que la presidenta del PCE exhorta a sus camaradas: «os comprometo u obligo a añadir, a los múltiples motivos que impulsan y animan nuestra lucha contra la dictadura, uno más: el de la defensa del derecho a la autodeterminación de las nacionalidades existentes en nuestro país pues, entre las cuestiones que en la lucha por la democratización de España deberán ser resueltas con prioridad en relación a otras más generales, está el problema nacional, que es, en sustancia, el derecho de Cataluña, Euzkadi [sic] y Galicia a disponer libremente de sus destinos» (pp. 18-19).

La tercera lectura a la que hay que hacer referencia corresponde a la del PS, que, al hilo del pragmatismo de sus compañeros españoles, se desliza gradualmente desde expectativas de cambio radical de la forma de Estado en España hacia posturas de compromiso (hoy diríamos constitucional, propiamente). Por ejemplo, a finales de 1974, invitado Santiago Carrillo al

## EXPEDIENTE

Congreso Socialista de diciembre de ese año, el *Portugal Socialista* pregunta al dirigente eurocomunista sobre las «fuerzas revolucionarias» y las «perspectivas revolucionarias» en España, en términos, reconozcámoslo, muy del período revolucionario portugués. Carrillo insistía entonces en que «Juan Carlos no es la solución, porque es una creación del franquismo que juró continuar con este régimen». Y si el secretario general del PCE «no [sabía] aún cuál iba a ser la forma de Estado en la futura España democrática», dejaba clara constancia que era «evidente que los comunistas, e igualmente los socialistas, son partidarios de la República» (en *Portugal Socialista*, 19-12-1974).

Los socialistas portugueses, al contrario de los comunistas, pasaron a ocupar la dirección del Estado a partir del verano de 1976, y desde ahí asistieron al arranque de la Transición española, por lo menos hasta el verano de 1978, cuando Mário Soares fue cesado como Primer Ministro. Su actitud ante el proceso español abandonó, a partir de entonces, cualquier veleidad rupturista. La construcción del discurso que el PS y el mundo intelectual que giraba a su alrededor mantienen sobre la reemergencia de la democracia en España tiene fortísimos condicionantes en los deberes de las relaciones entre los dos Estados y en aspectos de la percepción individual de figuras como don Juan Carlos, Adolfo Suárez o hasta don Juan de Borbón. Un «Rey, D. Juan Carlos, gran amigo de Portugal», un Suárez «persona encantadora, firme, con coraje, inteligente, con amplia visión, que desempeñaría un papel histórico en la transición española hacia la democracia» y un «conde de Barcelona (...) [que] era un liberal, educado en Inglaterra, y toda la vida fue crítico de Franco» y que habría «[desempeñado] un papel determinante en el largo camino de España hacia la democracia» aparecen en el discurso retrospectivo de Mário Soares como figuras esenciales en la construcción de esa «España democrática, descentralizada», «intentando resolver el problema tan delicado

y complejo de sus autonomías «que consagró constitucionalmente» y que «no tiene nada que ver con el centralismo expansionista castellano que Franco encarnó en el desarrollo lógico de su victoria en la Guerra Civil Española». Soares, en su proverbial inmodestia, se atribuye un papel relevante en la legalización del PCE: a Suárez, en una cumbre en Lisboa celebrada en noviembre de 1976, le habría advertido que «si no se hubiese permitido a los comunistas ‘pasar a la legalidad’, nadie acreditaría, en el mundo, la ‘apertura española’», y el presidente del Gobierno español «me llamó», meses más tarde, «para decirme que seguiría mi consejo [y que me encargaba] decir eso mismo a los dirigentes europeos». Fue entonces, según el exprimer ministro y expresidente de la República Portuguesa, que «hice (...) la defensa de la democracia española, que entonces comenzaba» (Soares, transcrito en AVILLEZ, 1996: 57, 90), lo que, curiosamente, acaba de representar la inversión de lo que hoy mayoritariamente se insinúa en el debate comparativo de las dos experiencias de democratización: Soares, desde su puesto institucional al mando de un sistema político construido a través de un proceso revolucionario (que, según esta versión, se había dejado llevar por excesos antidemocráticos) bendice la Transición española, pilotada, eso sí, desde dentro de un régimen autoritario que se regenera a través de un esquema (descrito como preferible, o hasta ideal) de pactos con las fuerzas responsables de la oposición.

### ¿España? Entre Portugal y Europa

La discusión sobre la naturaleza del Estado español y la calidad de su sistema democrático no volvió, en gran medida, a ocupar directamente a las grandes fuerzas políticas portuguesas desde prácticamente el período constituyente español. En el ámbito de este artículo no cabe más que una interpretación sintética de los últimos 30 años.

Europeístas pragmáticos, socialistas y derecha moderada (el PSD, que sucedió al PPD, y el CDS/PP mientras permaneció en el poder) adecuaron a los nuevos tiempos democráticos el discurso doble que las elites gubernamentales de Lisboa mantienen sobre España desde tiempos salazaristas –una especie de «¡No nos gustan pero tenemos que entendernos con ellos!»). Los gobiernos de la derecha con Cavaco Silva (1985-95) se llevaron bien con el PSOE/Felipe González, y lo mismo ocurrió entre el Gobierno socialista de Guterres (1995-2002), de nuevo el de la derecha de Barroso (2002-04) con el PP/Aznar, y el socialista de Sócrates (2005-) con Zapatero: todos tuvieron en común un proyecto de modernización socioeconómica de signo liberal, y, desde el lado portugués, se comprendió que resultaba obligado cooperar con Madrid en materia de política europea, sobre todo en lo que a la reivindicación de los fondos comunitarios respecta, antes y después de la ampliación de la Unión Europea, fuese quien fuese el inquilino de la Moncloa.

España se transformó en 1986, casi de la noche a la mañana, en el primer vendedor a Portugal y desde entonces, a menudo, también en su primer comprador. La liberalización del mercado de capitales obliga a alianzas, hasta ahora casi inéditas, entre el capital portugués y el capital español. Pequeños conflictos protagonizados por responsables políticos portugueses, resistiendo a determinadas actuaciones empresariales españolas (el ministro Sousa Franco contra el BSCH en 1999) no alteran este marco general de pragmatismo liberal. Sin embargo, es evidente entre los mismos sectores (socialistas y derecha clásica) que aplauden el modelo español de transición a la democracia una irreprimida decepción al haberse dado cuenta de la fragilidad portuguesa en el marco de una integración conjunta en Europa. Entre los más representativos de ellos, «98 portugueses preocupados» de variados orígenes ideológicos, firmaron un

documento público a propósito de las formas adoptadas por la presencia oficial española en la Expo 98 de Lisboa en el que se lamentaban de que «la integración europea realmente no se suponía que fuese, y no tiene que ser, entreverada ocupación económica, financiera y comercial, y mucho menos la anexión cultural del país por sus colegas comunitarios» (véase *Público*, 4-4-1998). El director del periódico de información general más leído en Portugal, el *Expresso*, esencialmente cercano a las tesis dominantes en el aparato del poder político, sostenía hace años en un editorial que Portugal se estaba volviendo «La 6ª Región Española» (en *Expresso*, 11-10-1997), imaginando el Estado español de las Autonomías dividido en cinco y no en las 17 Comunidades Autónomas efectivamente existentes.<sup>54</sup> El exministro socialista que se empeñó en 1976-77 en dismantelar la Reforma Agraria y se volvió una de las figuras más respetadas de las ciencias sociales portuguesas, António Barreto, exponía años antes sus (disparatadas, puramente idiosincrásicas y pseudoestéticas, en algunos casos) «Razones para que no te guste Espanha» (en *O Independente*, 24-1-1992), muy al gusto de unos artículos que Ramón de España firmó hace años en un semanario satírico español...

El relativo éxito de los gobiernos González en la gestión de la participación española en el proceso europeo y la renacida tensión nacionalista de los gobiernos Aznar provocaron entre muchos portugueses, no tanto rechazo en determinados procedimientos políticos, sino verdadera envidia de la «intervención pública agresiva en la defensa de [sus] intereses» que demuestra el Gobierno español en la cuestión de Gibraltar y, ¡hasta eso!, en la de Perejil, en contraposición con «la forma angustiosa y deprimente como los responsables portugueses han encarado la cuestión de Olivenza» (general Loureiro dos Santos, en *Diário de Notícias*, 4-6-2002). Casi al mismo nivel intelectual está, en este momento y en el ámbito de la discusión del mal estado de la economía y, sobre todo,

## EXPEDIENTE

de la Hacienda Pública portuguesas, la oleada de comentarios que llenaron los medios y la conversación de café sobre cómo sería mejor que España nos anexionara, o, directamente, haber permanecido dentro de la Unión Dinástica de 1580-1640...

La derecha ideológicamente más movilizada (entre ellos, el CDS/PP mientras está fuera del Gobierno) y patriotas de todos colores siguen concibiendo y describiendo una España, una, homogénea e inalterada, contrapunto natural (y conveniente) de una concepción nacionalista de Portugal que, desde la hecatombe final del nacionalismo portugués colonialista que acaparó la construcción de la identidad nacional entre el final del siglo XIX y la descolonización de 1974-75, tiene hoy naturales dificultades en asumirse públicamente como tal, como nacionalismo, aunque buena parte de la opinión pública comparta una u otra componente de sus concepciones. Lo que se produce a partir de la tradicional, y perenne, visión centralista de Portugal, prefiere percibir una España única, homogénea, de intenciones unívocas, como si fuese más fácil reivindicar contra ella la diferencia portuguesa, en una percepción que poco tendrá que ver, creo, con decenas, o hasta centenares, de años de porosidad fronteriza entre Galicia y Minho y Trás-os-Montes, entre las zonas aledañas a ambos lados de la frontera política intraibérica.

El hecho de que el 45% del comercio exterior español con Portugal<sup>55</sup> sea acaparado por el universo económico de las tres comunidades históricas españolas –Cataluña, Galicia y País Vasco– parece no haber cambiado todavía esta percepción mayoritaria de una, y no muchas Españas, o de cada una de las naciones y regiones del Estado español. El dirigente del CDS/PP en los últimos veinte años, Paulo Portas (ministro de Defensa en 2002-05), supo acrecentar al atlantismo europeísta tradicional del discurso de su partido en la democracia con un antiespañolismo (véase *O Independente*, 24-5-1996) que repite los mismos argumentos

del ministro de Defensa de Salazar, Santos Costa, en 1964, o del ya citado Botelho Moniz, en 1939, cuando ambos tuvieron que explicar a los patriotas de derecha que les parecía menos peligrosa una España una, que una España cuyas partes plurales fagocitarían a algunas de nuestras partes...<sup>56</sup> Este mismo fue el razonamiento seguido por buena parte de la derecha portuguesa en su campaña del referéndum de 1998 en el que consiguió rechazar la aplicación práctica de uno de los preceptos de la Constitución de 1976, la Regionalización Administrativa del territorio continental portugués. Y, personalmente, en el periodo en el que fui el único lector de Lengua y Cultura Portuguesa en el ámbito del Instituto Camões en Madrid (1996-97), pude comprobar cómo éste era, fundamentalmente, hasta, por lo menos, los últimos años 90, el supuesto fundamental de las instrucciones políticas generales recibidas por la Embajada de Portugal en Madrid.

Más de treinta años después del final del Imperio, continúa sin resultar fácil discutir abiertamente acerca de lo que permanece del discurso nacionalista en la cultura política en vigor en Portugal.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Discurso de Salazar ante la Asamblea Nacional, 22-5-1939.
- <sup>2</sup> El artículo se intitulaba «Portugal perante a vitória de Franco: as influências estrangeiras em Espanha. O que representaria para nós a vitória dos vermelhos e o que representa a vitória dos nacionalistas».
- <sup>3</sup> El movimiento Integralismo Lusitano nace en los primeros años de la Primera Guerra Mundial bajo la dirección intelectual de *Nação Portuguesa (Revista de Filosofia Política)* (1914-16, 1922-24, 1924-26, 1926-38), publicada en Coimbra, la revista formadora de la primera generación intelectual del Salazarismo, y probablemente la más influyente en la historia de las derechas contemporáneas portuguesas. Acaparó el apoyo de los jóvenes universitarios originarios de las elites monárquicas tradicionalistas antiliberales que evolucionaban hacia el corporativismo y el fascismo.
- <sup>4</sup> Se trata de la 2ª edición en España; las primeras ediciones en Portugal, de muy difícil localización, y en España vieron la luz en 1924 y 1927, respectivamente.
- <sup>5</sup> Ésta es la designación que muchas de las sucesivas versio-



- nes del mito del Rey D. Sebastián (1554-78) atribuyen al joven monarca portugués muerto en la batalla de Alcázar Québir, en el Norte de África. Ante su desaparición, y al no dejar herederos directos al trono de Portugal, éste es reivindicado y obtenido por Felipe II de España.
- <sup>6</sup> Cursiva en la versión española citada.
- <sup>7</sup> Cursiva en la versión española citada.
- <sup>8</sup> Cursiva en la versión española citada.
- <sup>9</sup> Cursiva en la versión española citada.
- <sup>10</sup> Cursiva en la versión española citada.
- <sup>11</sup> Véase LOFF, 2008.
- <sup>12</sup> Cursiva en la versión española citada.
- <sup>13</sup> Estas palabras se incluyen en el discurso «Madre-Hispania» que pronuncia en Badajoz en la conmemoración del 12 de octubre, *Día de la Raza*, de 1924.
- <sup>14</sup> Cursiva en la versión española citada.
- <sup>15</sup> Sobre esta generación de lo que llama el *nacionalismo ibérico*, cfr. ROCAMORA, José Antonio (1994), *El nacionalismo ibérico, 1792-1936*, Valladolid, Universidad de Valladolid, Servicio de Publicaciones, caps. 6 y 7.
- <sup>16</sup> «Apêndice: Amizade peninsular», artículo con fecha 10-5-1920, sin identificación del periódico español que lo publicó.
- <sup>17</sup> Graffía castellanizada de Afonso Henriques, primer rey de Portugal.
- <sup>18</sup> Alfredo Pimenta (1882-1950), integracionista en la década de 1920, nacionalsindicalista en los primeros años 30, conservándose, desde la ilegalización de este movimiento, en la facción organicista monárquica del Salazarismo. Fue conservador del Archivo Nacional-Torre do Tombo, que llega a dirigir un año antes de su muerte, y académico titular fundador de la Academia Portuguesa da História, institución que se refunda en 1936 bajo la tutela del Ministerio de la Educación Nacional.
- <sup>19</sup> El artículo se intitulaba «Portugal em face da vitória de Franco: o imperialismo nacionalista espanhol ameaça a independência portuguesa?».
- <sup>20</sup> João Ameal (1902-1982), pseudónimo literario del aristócrata João Aires de Campos, conde de Ameal, militante monárquico tradicionalista en precoz evolución hacia fórmulas autoritarias fascistizadas, en 1932 Ameal integra la dirección del Movimiento Nacional Sindicalista, desempeñando en él el papel de «agente de Salazar», según António Costa Pinto [véase PINTO, António Costa (1994), *Os Camisas Azuis. Ideologia, elites e movimentos fascistas em Portugal, 1914-1945*, Lisboa, Editorial Estampa, p. 161]. Verdadero intelectual orgánico de un régimen (universitario, investigador y publicista de temas de filosofía política e Historia, académico, diputado y procurador a la Cámara Corporativa...), que le abre generosamente sus medios de divulgación ideológica y le premia (el Secretariado da Propaganda Nacional concede, en 1934, a su obra *No limiar da Idade-Nova* uno de sus primeros premios, situación repetida en 1941 con la *História de Portugal* publicada el año anterior).
- <sup>21</sup> Referencia a la batalla que en aquella ciudad leonesa enfrenta, en el marco de la Guerra de Sucesión de Castilla, a los ejércitos de Alfonso V de Portugal, y el de Isabel, la Católica, de Castilla, que termina con la derrota de los portugueses.
- <sup>22</sup> Despachos de Melo Barreto (18-9-1932) y de Quevedo (5-4-1932) al M.N.E.
- <sup>23</sup> Culminaría, desde el punto de vista de la decisión política, en la promulgación de las Leyes nº 1960 («Lei da organização do Exército») y 1961 («Lei do recrutamento e do serviço militar»), de 1-9-1937, transcritas in C.L.N.R.F., 1988: 394-430.
- <sup>24</sup> La Constitución republicana española de 1931, no obstante, excluía explícitamente el modelo federal (véase su art. 13º).
- <sup>25</sup> «Rearmamento do Exército. Parecer», de Fernando dos Santos Costa, 4-10-1935. Santos Costa (1899-1982) empezó desempeñando funciones técnicas en el Ministerio de la Guerra, entre 1931 y 1933, y en la Presidencia del Consejo de Ministros, cerca de Salazar, entre 1934 y 1936, que le nombra Subsecretario de Estado de la Guerra en 1936 y hasta 1944, mientras Salazar acumula también esa cartera ministerial, sucediéndole directamente en el puesto de ministro.
- <sup>26</sup> Santos Costa comete aquí un error de bulto: los Estatutos de autonomía aprobados, completa o incompletamente, habían sido tres, como hemos visto: el catalán, el gallego y el vasco, pero en este último caso justamente sin la inclusión de la provincia de Navarra en la Región Autónoma así constituida.
- <sup>27</sup> «Preâmbulo» a los tres volúmenes que cubren el conflicto español. Santos Costa había sido nombrado, curiosamente por el entonces joven director-general del M.N.E., Franco Nogueira, como presidente de la «Comisión que habrá de colegir los documentos relativos a la política exterior de Portugal durante la última guerra» (*Portaria* del M.N.E., 15-1-1960).
- <sup>28</sup> Joven oficial derechista, comprometido ya a los 19 años en la conspiración de diciembre de 1917 que aúpa a Sidónio Pais al poder, y en las maniobras de las fuerzas que pugnan, de nuevo desde 1919, por el fin del régimen republicano liberal, participa activamente en la represión violenta de todos los intentos antidictatoriales de los años 1927-31. Fundador y director de la estación privada *Rádio Clube Português*, se destaca en la campaña de apoyo a la rebelión franquista en España, dirigiendo la *Missão Militar Portuguesa de Observação em Espanha*, verdadera coordinadora de la participación de militares portugueses del bando de Franco. En 1936 es uno de los principales animadores de la constitución de la milicia del régimen (la *Legião Portuguesa*).
- <sup>29</sup> La Embajada de España en Lisboa sabía muy bien que se trataba de Botelho Moniz —véase despacho de Nicolás Franco a Jordana, 16-5-1939, in A.G.A., AE/6644.
- <sup>30</sup> Cursiva en el original.
- <sup>31</sup> Monteiro (1896-1955) era uno de los *jóvenes turcos* del régimen, beneficiario de una fulgurante carrera política: subsecretario de Hacienda a los 32 años (1929-31), ministro de Colonias a los 34 (1931-35) y ministro de Negocios Extranjeros a los 38 (mayo de 1935-noviembre de 1936), remitido a la Embajada en Londres (1936-43).

## EXPEDIENTE

- <sup>32</sup> Despacho de Monteiro a Salazar, 12-7-1938.
- <sup>33</sup> Para acompañar la discusión entre Salazar y Monteiro, véase M.N.E., 1971.
- <sup>34</sup> Véase Oliveira, 1987: 243-262.
- <sup>35</sup> Telegrama de Salazar a Theotónio Pereira, transcribiendo discurso ante la Asamblea Nacional, 22-5-1939.
- <sup>36</sup> Salazar insistiría con Santos Costa que le parecía «bien hacer divulgación satisfactoria de los volúmenes relativos a la guerra de España en este país, entre las personas de la política [...] de las universidades, de la sociedad. No olvidar las bibliotecas militares» [carta de Salazar a Santos Costa, 21-7-1965, en CRUZ, Manuel Braga da (org. y prefacio) (2004), *Correspondência de Santos Costa, 1936-1982*, Lisboa/S. Paulo, Verbo, p. 86].
- <sup>37</sup> Véase LOFF, 2008, subcapítulo 5.3.
- <sup>38</sup> Véase su descripción de su huida hacia Francia en las primeras semanas de 1939, a través de una Cataluña trágica que sufría la invasión franquista, en un texto recogido en LOPES, Óscar (org.) [1962], *Jaime Cortesão*, Lisboa, Arcádia, pp. 131-52.
- <sup>39</sup> Véase también el inédito SANTOS, Maria Isabel Rodrigues Nunes dos (1996), *A Guerra Civil de Espanha, 1936-1939, na literatura portuguesa*, disertación de Mestrado, Lisboa, Universidade Nova de Lisboa.
- <sup>40</sup> Véase (1971), 2.ª ed. refundida, Coimbra, Coimbra Editora.
- <sup>41</sup> Los dos años de mayor índice de detenciones realizadas por la policía política en el conjunto del territorio metropolitano portugués y durante toda la vigencia de la dictadura son, justamente, la primera mitad de la Guerra de España: 1937 y 1936, por ese orden —véase CRUZ, Manuel Braga da (1988), *O Partido e o Estado no Salazarismo*. Lisboa, Editorial Presença, p. 83.
- <sup>42</sup> Véase ESPINOSA MAESTRE, Francisco [2001], «Historias fronterizas del 36», en REGO, Miguel (coord.), *A guerra civil de Espanha na raia portuguesa*, Barrancos: Câmara Municipal de Barrancos, pp. 18-23.
- <sup>43</sup> Véase, a propósito, la curiosa descripción que del fenómeno se hace en SARAMAGO, José (1984), *O ano da morte de Ricardo Reis*, Lisboa, Editorial Caminho.
- <sup>44</sup> El presidente portugués del período 1974-76, Costa Gomes, declararía a Sánchez Cervelló que «no hablamos de la ayuda española a la contrarrevolución; desconocíamos en ese momento que España la apoyaba tan decididamente, incluso con armas» (en SÁNCHEZ, 1993: 353).
- <sup>45</sup> Policía Internacional de Defesa do Estado, rebautizada Direcção-Geral de Segurança en 1969.
- <sup>46</sup> Sánchez se refiere a uno de los participantes en una reunión de finalización de la conspiración, realizada en Madrid el 9 de marzo, citando declaraciones del exgobernador de Angola Santos e Castro, «que hacía de puente entre la dirección de los contrarrevolucionarios portugueses y el gobierno español».
- <sup>47</sup> Más detalles en DÁMASO, Eduardo (1999), *A invasão spinolista*, 2.ª ed. [1.ª ed. (1997)]. S. l.: Círculo de Leitores]. Lisboa, Fenda, pp. 123-55
- <sup>48</sup> Referencia a la União Democrática Popular, la más representativa de las organizaciones de la izquierda de tendencia maoísta del período, la única que conseguirá obtener representación parlamentaria en las elecciones constituyentes de 1975 y que la conservará hasta 1983.
- <sup>49</sup> El análisis que el PCP hizo en 1976 de sus relaciones con «algunos partidos comunistas y revolucionarios [que] tomaron una actitud negativa en relación a la Revolución portuguesa y particularmente en relación a nuestro Partido» se encuentra en CUNHAL, Álvaro (1994), *A Revolução Portuguesa. O Passado e o Futuro*, 2ª ed., «precedida de un artículo del autor sobre 'A Revolução de Abril 20 anos depois'». Lisboa, Edições Avante!, pp. 467-70 (cursiva en el original).
- <sup>50</sup> Sobre la descolonización portuguesa, en español, véase SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep (1998), *El último imperio occidental: la descolonización portuguesa (1974-1975)*, Mérida, UNED/Centro Regional de Extremadura.
- <sup>51</sup> Los cinco fusilados del 27 septiembre, recordémoslo, son dos militantes de ETA (Ángel Otaegui y Juan Paredes Manot, alias *Txiki*) y tres del FRAP (José H. F. Baena, Ramón García y José L. Sánchez Bravo).
- <sup>52</sup> Según Sánchez Cervelló, el PCE (ml) «pidió» en agosto-septiembre de 1975 «a sus aliados portugueses de la UDP un estudio sobre el método para trabajar políticamente entre los soldados», buscando «transformar el servicio militar obligatorio en un nuevo frente de lucha revolucionaria» (SÁNCHEZ, 1993: 394).
- <sup>53</sup> El texto original parece claramente incompleto —«... não toca para as estruturas...»— aunque la solución que encontré para ese hiato sea claramente más típica del castellano que del portugués.
- <sup>54</sup> Traté esta temática en «Um complexo nacionalista mal assumido», in *História*, nº 50 [ano XXV (III Série)], Dossier «'O perigo espanhol'. Portugal e Espanha: que relações, afinal?», noviembre 2002, Lisboa, pp. 26-28.
- <sup>55</sup> En 2002, Cataluña compraba el 20,7%, Galicia el 20,1% y la CAV el 4,1% de todo lo que España importaba de Portugal; los catalanes vendían el 25,9% de todo lo que España exportaba a Portugal, los gallegos el 13% y los vascos el 5,6% (véase *O Independente*, 26-9-2003; fuente: ICEX).
- <sup>56</sup> «Reconozcamos (...) como ingenuidad dispensable la tranquila ceguera con la que ciertas elites portuguesas observan la desarticulación del Estado español. (...) Es cierto que las regiones 'españolas' tienen ideas sobre Portugal y sus 'regiones', ideas muy variadas que van desde la tenaza con la que los catalanes pretenden aislar los Estados peninsulares hasta la absorción económica o dominio estratégico que, legítimamente, están en la carta de intenciones de cada región española que hace frontera con un Portugal hipotéticamente regionalizado» (Portas, en *O Independente*, 24-5-1996).
- <sup>57</sup> Todas las citas de textos portugueses han sido traducidas al español por David Alcázar, al que agradezco la colaboración, y revisadas por el autor. Se han vertido igualmente al español las citas de ediciones portuguesas de obras originalmente escritas en español.

## BIBLIOGRAFIA

- AMEAL, João (1946), *Breve resumo da História de Portugal*. (Separata do livro «Portugal».) Lisboa. S.N.I.
- BARREIRA, Cecília (1982), «Três nótuas sobre o integralismo lusitano (evolução, descontinuidade, ideologia, nas páginas da 'Nação Portuguesa', 1914-26)», in *Análise Social*, vol. XVIII (72-73-74), 1982-3º-4º-5º [A formação de Portugal Contemporâneo, 1900-1980, vol. I], Lisboa, pp. 1421-29.
- C.L.N.R.F. (org.) (1988), *Correspondência de Santos Costa para Oliveira Salazar*, vol. I (1934-1950). Lisboa. Presidência do Conselho de Ministros/Comissão do Livro Negro sobre o Regime Fascista.
- GODINHO, Paula (1996), «O maquis na guerra civil de Espanha: o caso do cerco a Cambedo da Raia», in *História*, nº 27 (Dezembro 1996), 2.ª Série, Lisboa, pp. 28-45.
- LOFF, Manuel (2008), *O nosso século é fascista! O mundo visto por Salazar e Franco (1936-1945)*, Oporto, Campo das Letras
- MATOS, Sérgio Campos (1990), *História, mitologia, imaginário nacional. A História no Curso dos Liceus (1895-1939)*, Lisboa, Livros Horizonte.
- M.N.E. (org.). *Dez anos de política externa (1936-1947). A Nação portuguesa e a Segunda Guerra Mundial*, 15 vols. [(1964): vol. III; (1967), vol. V; (1971), vol. VII]. Lisboa, Ministério dos Negócios Estrangeiros/Imprensa Nacional-Casa da Moeda.
- NOGUEIRA, Franco (1977). *Salazar*, vol. II [«Os tempos áureos (1928-1936)»]. Coimbra, Atlântida Editora.
- OLIVEIRA, César (1987), *Salazar e a Guerra Civil de Espanha*, Lisboa, O jornal.
- PIMENTA, Alfredo (1935), *Elementos de História de Portugal*, 2.ª ed. [1.ª ed., 1934], Lisboa, Empresa Nacional de Publicidade.
- SALAZAR, Oliveira, *Discursos e Notas Políticas* [[1937]: vol. II (1935-1937); [1943], vol. III (1938-1943)], Coimbra:Coimbra Editora.
- SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep (1993), *A revolução portuguesa e a sua influência na transição espanhola (1961-1976)*. Prefacio de Hipólito de la Torre. Trad. port. [Edición original], Lisboa, Assírio & Alvim.
- SARDINHA, António (1939), *La Alianza Peninsular*, 2ª edición em Espanha (1ª edición en Portugal em 1924, en Espanha en 1927); incluye «Prólogo» do Marquês de Quintanar; «Prólogo a la primera edición» de Ramiro de Maeztú; «Unidad y dualismo peninsular» de José Pequito Rebelo. Segovia, Universidad Popular Segoviana, Acción Española.
- SARDINHA, António (1943), *À lareira de Castela. Estudos peninsulares*, [S.l.], Edições Gama.
- TORRE GÓMEZ, Hipólito de la (1980), *Na encruzilhada da Grande Guerra. Portugal-Espanha, 1913-1919*. Trad. port.. Lisboa, Editorial Estampa.
- , (1988), «Las relaciones hispano-portuguesas. Una aproximación histórica e historiográfica», in *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, nº 7 (juin). Pau, C.N.R.S./Greco 30 - Maison des Pays Ibériques.

